

Una novela romántica histórica

Amor Incomprendido

La inocencia y la mentira
la separaron del único
hombre que amó

Ailene Frances



Lectura de muestra

Amor Incomprendido

por

Aliene Frances

©Derechos de autor 2023 Eileen Sheehan

Impreso en los Estados Unidos de América
Derechos Electrónicos y Digitales en todo el mundo
Derechos de impresión en todo el mundo

EARTH WISE BOOKS
Edición Electrónica

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en ninguna forma, incluyendo digital y electrónica o mecánica, incluyendo fotocopias, grabaciones o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el consentimiento previo por escrito del editor, excepto breves extractos para su uso en reseñas.

Este libro es una obra de ficción. Los personajes, los nombres, los lugares y los incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Aviso** Algunas partes de esta historia pueden resultar demasiado gráficas, sexualmente explícitas, verbalmente vulgares o violentas para lectores sensibles o traumatizados. Se aconseja discreción al lector.

ÍNDICE

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS

VEINTITRÉS

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

VEINTISÉIS

VEINTISIETE

VEINTIOCHO

VEINTINUEVE

TREINTA

TREINTA Y UNO

TREINTA Y DOS

SOBRE LA AUTORA

OTROS LIBROS DE AILENE FRANCES/EILEEN

SHEEHAN

UN ADELANTO DE VIUDA DE PAPEL

UNO

Marzo 1799

Se abrió camino a través del callejón oscuro que transcurría entre edificios contruidos de tal manera que los brillantes rayos de la luna no tenían posibilidad de iluminarlo. Su cara, cargada con unas gafas descomunales, distorsionaba su visión y la hacía padecer una ligera ceguera nocturna. A pesar de ello, se las arregló para sortear la multitud de obstáculos peligrosos que plagaban el agotador viaje a su destino, que, además, parecía no tener fin.

Elizabeth deseó quitarse las incómodas gafas de alambre, que asaltaban el puente de su delicada nariz y los huesos prominentes de sus mejillas. Abrirse paso por las calles mal iluminadas de Londres, y atravesar la niebla previa al amanecer, era ya difícil sin la añadidura de una visión borrosa. Ni siquiera eran sus gafas. Su vista era perfecta. Las había robado en secreto del escritorio del supervisor estatal, justo antes de partir, para que la ayudaran a camuflarse. Como el anciano y flacucho hombre tenía una gran variedad de objetos destinados a mejorar su vista, desde gafas de alambre a lupas, dudaba que fuera a echarlas en falta.

La montura del par que había seleccionado precipitadamente transformaba su impresionante belleza aristocrática en lo que solo podía describirse como algo común y pusilánime. Con la capucha de su gruesa capa de

lana y sin forro cubriendo su rostro ovalado, y las gafas descomunales, quedaba poco que ver de su persona. Tenía confianza en que llamaría poco la atención de los pocos curiosos que se encontrara a aquella hora.

Elizabeth se ajustó más la capa alrededor de su esbelto cuerpo ignorando la ruda agresión que ejerció sobre su delicada piel. Aunque el áspero tejido no era algo a lo que estaba acostumbrada, prefería su tacto al viento cortante que soplaba por el callejón abandonado. Hacía un frío poco normal para aquella época del año. O, quizás no eran las temperaturas. Quizás las temperaturas eran normales y ella sentía más frío de lo habitual por otro motivo. ¿Podría deberse al temor a ser descubierta antes de ser capaz de llevar a cabo sus planes? ¿O, posiblemente, se anticipaba a lo que iba a ocurrir?

Sus zapatillas de un color amarillo claro, adornadas con hileras de cuentas multicolores, dispuestas de tal manera que formaban un bonito pavo real, le hacían caminar ligera. Su delicada constitución no casaba con la gruesa capa de mugre que cubría el tramo final del oscuro y húmedo callejón. Elizabeth suspiró. Casi había conseguido sortear todos los peligrosos escombros que cubrían su camino sin sufrir contratiempo alguno. Estaba tan cerca. Ahora, se presentaría ante el buen Doctor Jameson con una demasiado cuestionable y desagradable capa de mugre cubriendo gran parte de sus zapatillas.

Debería haberse tomado tiempo para robarles un par de zapatos más prácticos a los criados. Cuando estaba preparando en secreto su disfraz para escapar, se había olvidado por completo del calzado. Sus zapatillas no solo no eran prácticas, además eran demasiado elegantes comparadas con el resto de su atuendo. Elizabeth sacudió la cabeza. Se había visto obligada a robar. Odiaba a los ladrones. Fue un ladrón el que causó las muertes de su madre y de su padre.

Acababa de cumplir los ocho años cuando el correo llegó portando la horrenda noticia de que sus padres habían sido asesinados durante un robo mientras iban de camino a palacio. Nueves años después, Elizabeth todavía se acordaba de aquella fatídica mañana como si hubiera ocurrido ayer.

El delicado brillo anaranjado del sol al amanecer acababa de aparecer por detrás de las cumbres de las colinas surcadas de árboles, y las suaves gotas del rocío matutino cubrían el jardín de la hacienda cuando el caballo del correo entró haciendo cabriolas en el patio. Solo unos cuantos criados estaban en pie. La ausencia de actividad acentuó el eco de las pezuñas del caballo empapado en sudor en el empedrado.

Elizabeth, que ya estaba despierta, escuchó con claridad al correo aporrear la sólida puerta de roble que estaba justo debajo de su ventana.

El mensajero había renunciado a usar la aldaba de hierro con forma de cabeza de águila, pues no confiaba en que

sonara lo suficientemente alto para alertar de su presencia a los residentes a tan temprana hora de la mañana.

La habitación de Elizabeth estaba situada en mitad del segundo piso, justo encima del gran salón. Aunque podía oír fácilmente el silencioso caos que la noticia había provocado, fue incapaz de entender las palabras exactas.

Supuso que la sensación de terror que la invadía era debida a tener que abandonar el calor de su cómoda cama antes de que volviera a encenderse el fuego en la chimenea y este transformara los fríos suelos de piedra y los muros enlucidos de crines en el paraíso acogedor que conocía y amaba. Se hundió aún más entre los pliegues de sus gruesas mantas y observó cómo se disipaba en el aire el vapor de su aliento como si de un pequeño puñado de nubes se tratara. No transcurriría mucho tiempo hasta que alguien entrara para encender el fuego, y entonces podría preguntarle por la perturbadora visita del correo. Probablemente había sido enviado por un algún noble de las inmediaciones que requería los servicios de su padre y que no se había percatado de que sus padres estaban de camino a palacio.

Cuando la puerta se abrió, no fue el criado con un cubo de carbón para la chimenea quien entró, sino su institutriz, Isabelle. Se notaba su reticencia a compartir las espantosas noticias que cambiarían la vida de Elizabeth para siempre.

La familia de Elizabeth pasó los primeros años de su vida felizmente en el campo. Su padre se desplazaba a palacio cuando se le requería. Ella y su madre amaban la

apacible belleza de la vida en el campo. Pero, cuando la salud del rey Jorge empezó a deteriorarse ostensiblemente, el deber de su padre como médico real de más antigüedad en el cargo era el de estar disponible en cualquier momento; algo que no podía cumplir a menos que cambiaran su residencia a palacio.

Elizabeth había contraído un terrible resfriado jugando desobedientemente una tarde bajo la lluvia y calándose hasta los huesos. Su hermano, Herald, se contagió casi de inmediato.

Sabedores de que el rey desaprobaba que la familia llegara a palacio con dos niños enfermos, pero no pudiendo demorar su viaje lo suficiente para permitir que los niños recobraran la salud, sus padres dejaron a sus pequeños al cuidado de Isabelle a regañadientes. Los niños se unirían a sus padres tan pronto como hubieran sanado lo suficiente para presentarse en palacio. Eso nunca sucedió. En su lugar, los llevaron a vivir a Londres con el hermano de su madre, Lord Cyrus Roberts.

Un viudo sin hijos poco inclinado a mostrar cariño o expresarlo. Por lo que a Elizabeth respectaba, Lord Roberts la proveyó con todas las necesidades básicas, a excepción de afecto y amor.

Elizabeth miró al cielo carente de estrellas. El único atisbo de luz provenía del diminuto pedazo de luna que se preparaba para cambiar su lugar con el sol naciente. El hollín y el humo salían incesantemente disparados de la multitud de chimeneas de todas las formas y tamaños

posibles al ser encendido el fuego como prelude de las labores culinarias del día.

Deseaba que fuera más fácil ver lo que la rodeaba. Al menos, le hubiera gustado ver algo más de la mugre que colgaba de sus apéndices antes de continuar. Aún mejor, le hubiera gustado encontrar la manera de deshacerse de ella.

Estaba tan ocupada meditando acerca de la mugre de sus pies que no se dio cuenta de que llegaba a su destino hasta que el callejón de repente concluyó. Mirando a su alrededor todo lo que pudo, salió del callejón y se dirigió a las escaleras delanteras de una gran casa adosada de ladrillo rojo.

Levantar la sólida y recargada aldaba de bronce que colgaba de la puerta de nogal no fue tarea fácil. Empleó ambas manos para conseguir a duras penas que la pesada y formidable cabeza de león se separara de su soporte y produjera un sonido aceptable al soltarla. Cuando, apenas unos segundos después de soltar la aldaba de bronce, la puerta se abrió parcialmente, dejando espacio a un resquicio de no más de 15 cm de anchura y 5 de altura, se encontró a sí misma mirando con los ojos entornados e inyectados en sangre a lo que se dejaba entrever del resplandor apagado de una juventud pasada.

—¡Quién va! —bramó una voz potente y segura.

—Lady Elizabeth Nottingham, señor. Vengo a ver al Doctor Jameson —respondió mucho más segura de lo que se sentía.

El tono áspero de su interlocutor no contribuyó a aliviar sus ya maltrechos nervios. El silencio parecía ensordecedor mientras esperaba, durante lo que le pareció una eternidad, a que la pesada puerta se abriera lentamente.

—Se está retrasando, señorita. Le mostraré dónde puede esperarlo. Por favor, sígame y no se entretenga —dijo el mayordomo en tono autoritario.

Había algo que le resultaba extrañamente familiar en su figura alta y desgarrada, así como en la forma en la que movía su angosto cuerpo. Lo observó brevemente antes de introducirse por el pequeño resquicio que este permitió que se abriera entre la puerta y su marco antes de ser capaz de abrir por completo la gruesa masa de madera.

Una vez dentro, se percató de inmediato de que su librea era inusualmente regia para un miembro del servicio, aunque ocupara un cargo de responsabilidad. Le resultaba tremendamente intimidante. Era unos treinta centímetros más alto que ella, lo que la obligó a echar la cabeza hacia atrás cuando le sonrió intentando que el mayordomo suavizara su actitud. Quizás un poco de amabilidad haría desvanecer su rudeza.

—Haga el favor de no sonreírme de esa forma, señorita. Eso no hará que el doctor venga más rápido —bufó—. Ahora, mueva los pies y dese prisa.

Elizabeth no solo estaba estupefacta por la insolencia con la que se había dirigido a ella, sino también sorprendida por la perfecta dicción con la que hablaba. Tal cosa no era

usual entre la clase sirviente. Se planteó preguntarle acerca de su perfecta dicción y fino atuendo, pero el pensamiento se desvaneció tan rápido como había surgido cuando ambos a la vez miraron hacia abajo al mencionar sus pies.

Una mezcla de cloqueo, quejido de consternación y grito sofocado de horror se escapó de los labios del mayordomo con tal fervor que hubiera despertado a los muertos.

—¿Qué? ¿Dónde ha estado? ¡No puede entrar así, señorita! El señor se pondrá furioso si dejo que se presente así... ¿Qué es eso?

La angustia de Elizabeth por las condiciones en que se encontraban sus zapatillas se vio renovada mientras levantaba, primero, un pie y, luego, el otro. Estaban mucho peor de lo que se había imaginado.

—No podría decirlo —respondió—. El callejón estaba demasiado oscuro.

—¿El callejón? ¿Ha venido por el callejón? —El viejo hombre profirió un sonido de descontento— Bueno, sea lo que sea, por favor, quíteselo de inmediato.

Dio una enérgica palmada con sus manos y, en cuestión de segundos, una joven y menuda criada, que parecía tener la edad de Elizabeth, apareció trayendo un grueso trapo.

Elizabeth se figuró que debía haber estado de pie en las sombras. ¿De qué otra manera hubiera sabido que necesitaba un trapo?

Como si estuviera leyéndole el pensamiento, el viejo hombre dijo:

—Esta es Sally. Siempre lleva ese condenado trapo dondequiera que va. Esta es la primera vez que va a resultar de alguna utilidad.

—Eso mismo me atrevería a decir —exclamó Sally cuando sus ojos se posaron en las zapatillas de Elizabeth.

Elizabeth observó la expresión de cansancio de Sally y suspiró. Pensó en lo triste que era que hubieran requerido a la pobre chica antes de su hora habitual de levantarse a causa de sus sucios pies.

Como era una mujer que le otorgaba gran valor a sus horas de sueño, saber que le había robado a la joven criada unos preciosos minutos de su muy necesitado descanso, hizo que Elizabeth sintiera remordimientos. Ahora, la sirvienta, evidentemente agotada, probablemente iría arrastrándose todo el día mientras se esforzaba por completar sus tareas. Si hubiera sido más cuidadosa con donde posaba sus pies.

Tratando de aliviar parte de la culpa que sentía, Elizabeth sonrió afectuosamente a la moza que tenía aspecto de cansada. Esto hizo que la joven mujer enrojeciera y mirara para otro lado. El color rosado que acudió a sus mejillas dejó traslucir una chispa escondida por un breve momento antes de que se desvaneciera en el abismo de sus ojos verdes carentes de emoción.

—¿Qué estás haciendo? —rugió el viejo hombre—. Deja que la moza haga su trabajo. Informaré al doctor de que has llegado. —Miró con el ceño fruncido a Sally— Confío en que rectificarás esta situación a toda prisa.

—Sí, Señor John —contestó Sally tímidamente mientras frotaba diligentemente la mugre asquerosa que colgaba obstinada y amenazaba con destrozarse las zapatillas de satén que tan habilidosamente habían sido decoradas. Mientras lo hacía, las cuentas de color que conformaban los pavos reales se desprendían y rodaban sobre el suelo de pizarra tan escrupulosamente fregado. —Oh, señorita, lo siento mucho. Sus zapatillas se van a estropear sin remedio.

Elizabeth apenas se percató del dilema al que se enfrentaba Sally mientras reflexionaba acerca de la forma en la que la sirvienta se había dirigido al mayordomo. ¿Señor John? Seguramente nadie se dirigiría a un sirviente, aunque fuera un mayordomo, de aquella manera. ¿O sí?

—Sally. —La voz de Elizabeth apenas era audible—
¿Quién era ese hombre?

—Era el Señor John, señorita —respondió Sally igual de bajo.

Sally se permitió un momento para dirigir una atenta mirada a Elizabeth. Las jóvenes damas rara vez acudían a casa de Jameson y, sin duda alguna, nunca lo hacían sin escolta y antes de que amaneciera. Sus vestimentas eran las de una sirvienta, pero la firmeza de sus almendrados ojos violetas hablaban de una mujer que estaba segura de sí

misma. Su piel irradiaba salud y sus suaves y delicadas manos seguramente nunca habían sufrido un día de trabajo. No, aquella joven señorita no era una sirvienta. Aunque por su vida que no sabía quién era.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Elizabeth ajena a las reflexiones de Sally.

—¿Por qué señorita? Es el mayordomo, señorita. Está a cargo de todos en la casa —respondió Sally evidentemente confundida.

—Lo llamaste señor, ¿no es así? —El tono de Elizabeth era ligeramente impaciente.

—Sí, lo hice, señorita —replicó Sally.

—¿Por qué? —preguntó Elizabeth.

Sally parecía estupefacta.

—Pues, no lo sé exactamente, señorita —dijo Sally honestamente—. Así es como se me dijo que me dirigiera a él desde que llegué aquí por primera vez. Nunca me he preguntado por qué, señorita.

—¿Por qué abrió él la puerta? ¿La casa tiene lacayo, no es así? —continuó Elizabeth.

—Sí, señorita, varios —replicó Sally.

Aunque Sally respondía las preguntas a medida que se le planteaban, estaba claro que prefería simplemente que se le permitiera hacer su trabajo.

—Entonces, ¿por qué... —Elizabeth sacudió la cabeza. Era obvio que la criada no sería de ninguna ayuda para

aclarar el papel que desempeñaba John en la casa— Todo esto me resulta muy extraño, verdaderamente extraño.

Sally mantuvo la cabeza gacha y mirando al suelo para esconder una sonrisa. Le resultaba muy gracioso que una dama que había llegado a la residencia de su amo al amanecer, con sus elegantes zapatillas cubiertas de una mugre asquerosa, sin escolta y vestida con un traje que evidentemente pertenecía a una mujer de una clase social mucho más baja que la suya, encontrara extraño cualquier cosa que sucediera en la casa.

Antes de poder seguir elucubrando sobre la persona de John, este regresó e impacientemente hizo que lo siguiera a una sala para las visitas que estaba al final del salón. Elizabeth no estaba acostumbrada a ser tratada así por los sirvientes, pero se mordió la lengua. Teniendo en cuenta el hecho de que su traje pertenecía a una de sus criadas, era comprensible que se la tomara por una mujer de una clase social más baja. Eso probaba que su disfraz funcionaba. Si tenía que salir de Londres sin ser descubierta, nadie, excepto su nuevo tutor, el Doctor Jameson, debía conocer su verdadera identidad.

El murmullo de una joven sirvienta de frágil apariencia despertando de su letargo, captó la atención de Elizabeth. Echó un vistazo al interior del pequeño armario que se hallaba debajo de la escalera al pasar a su lado, justo a tiempo para ser captada por un par de grandes ojos

marrones somnolientos que hablaban de las penurias de la vida de una sirvienta del siglo dieciocho en Inglaterra.

Conmovida por la cruda realidad de la situación de la chica, Elizabeth pensó en lo diferente que su propia vida habría sido si no hubiera nacido perteneciendo a la clase alta. A los huérfanos nunca les iba bien. Aun teniendo una posición privilegiada, su vida carecía de lo esencial para ser feliz. El amor.

Su tío, conde por nacimiento, había asumido a regañadientes la tarea de ocuparse de Elizabeth y su hermano después de la muerte de su hermana. Se ocupó ya desde comienzos de su relación de dejar muy claro que prefería que las cosas se hubieran resuelto de manera diferente, pero se negó a hablar más del tema. La rebeldía de su hermana ya había dado de sí bastante de lo que hablar.

Lord Roberts se encargó de que Elizabeth estuviera bien alimentada y fuera impecablemente vestida. Procuró que recibiera la mejor educación posible para una joven. Contrató a las mejores institutrices y tutores que se podían pagar con dinero. Incluso le había dado la oportunidad de viajar por Inglaterra para que ampliara su visión del país.

Pero tristemente, su corazón permaneció siempre cerrado para ella.

La madre de Elizabeth, Lady Vanessa Roberts, escandalizó a su familia y a la sociedad rechazando al hombre que sus padres habían elegido para ella. Se fugó y se casó en secreto por amor, en lugar de casarse por el dinero y

la posición social. Para empeorar las cosas, Vanessa se casó con alguien de clase social inferior a la suya, con un hombre de clase media.

Irónicamente, los padres de Vanessa murieron de tuberculosis poco después de que esta anunciara su escandaloso matrimonio con un brillante y prometedor joven doctor. Ni las atenciones del médico de la familia ni las del recién titulado yerno pudieron revertir el curso de la enfermedad que finalmente los reclamó. Rápidamente se propagó el rumor de que a los Roberts lo que les había llevado a la tumba había sido la escandalosa muestra de rebeldía de su hija. Seguramente, la tuberculosis no se los habría llevado si no hubieran perdido las ganas de vivir a causa de la vergüenza provocada por los actos de su hija. Años después, aún se podía oír susurrar a los miembros más rígidos de la clase alta.

Aunque el nuevo marido de Vanessa, Thomas Nottingham, trabajó duro para ganarse la merecida reputación de ser el mejor doctor de Londres, e incluso se ganó el respeto y la admiración del Rey Jorge, Cyrus no olvidó nunca el hecho de que su hermana avergonzó públicamente a la familia al casarse con él. Aunque el rey obsequió a Thomas con el título de caballero, le otorgó una propiedad en el campo y una generosa fortuna, su tío no cedía en su cabezonería. Cyrus albergaba la amarga creencia de que el matrimonio entre Vanessa y el noble impostor llevó a sus padres a la tumba.

Siendo el único hijo y heredero de la fortuna de sus padres, Cyrus negó a Vanessa su derecho a la herencia y también se negó a reconocerla como miembro de su familia, aunque no se podía negar su parentesco con solo mirarlos. Su obstinación persistió hasta que la elevada posición que adquirió el marido de Vanessa gracias al rey, le obligó a ello. Finalmente podría haber cedido y haberle entregado a Vanessa su parte de la herencia, pero nunca trabó una verdadera amistad con Thomas y entre el hermano y la hermana reinó la tensión hasta el día en que ella murió.

El hermano de Elizabeth, Herald, según la costumbre y leyes de su país, heredó el patrimonio de sus padres inmediatamente después de su muerte. Siendo tres años menor que ella, el patrimonio permanecería bajo la custodia del bufete de Simon y Jameson hasta que Herald cumpliera los dieciséis años. A Elizabeth le quedó una pequeña fortuna cuya mayor parte sería destinada a servir como dote. Se le permitía retirar una pequeña cantidad para las necesidades cotidianas que no costaba su tío mientras estuvo bajo su cuidado.

A menudo se preguntaba si su tío hubiera sido diferente con ella si hubiera sido igual de afortunada que Herald y hubiera heredado el pelo rubio de su madre, su rubicunda complejión y sus ojos de un azul cristalino. Herald se parecía tanto a su tío que aquellos que no estaban al tanto de las circunstancias a menudo pensaban que Cyrus era de hecho el verdadero padre del chico. Cyrus le

dedicaba al chico tanto afecto que aquellos que no estaban familiarizados con la situación lo habrían confundido sin dudarlo con su padre.

Elizabeth a menudo pensaba en la reacción de disgusto de su tío cuando puso sus ojos en ella por primera vez: «Ojalá te parecieras a los Roberts, niña. Tienes los rizos oscuros, espesos y rebeldes de tu padre y las mejillas perpetuamente sonrosadas. Tu piel puede ser la de tu madre, pero esos ojos violetas oscuros no son de nuestro linaje. Nosotros tenemos los ojos azul claro. Es la sangre de tu padre la que predomina en ti, niña. Todo lo que puedo ver de tu madre son esos dos hoyitos profundos en tus mejillas y tu constitución menuda y frágil. Es decepcionante, por no decir otra cosa».

El hecho de que nunca disfrutaría del amor que se le dispensaba a su hermano simplemente porque se parecía a su padre era una dolorosa realidad que tenía que aceptar. A menudo se recordaba cuantas chicas en su misma situación se encontraban en circunstancias mucho menos deseables y aceptaba el cuidado que su tío le proporcionaba con humilde gratitud. De hecho, fue la sobrina modelo hasta la noche en la que su tío ofreció una pequeña, pero extravagante cena en la que la sorprendió anunciando su compromiso con el hombre que se había sentado a su lado durante toda la noche.

Elizabeth temblaba mientras recordaba la mezcla de miradas en los rostros de los distinguidos hombres y las

elegantes damas cuando su tío se puso en pie en el extremo de la mesa, llena a rebosar con un abundante despliegue de carnes y frutas, y alzó su taza de un recién importado café para brindar por los futuros esponsales de su sobrina y Lord Stephen Carlson. Algunas brillaban de admiración, mientras otras, principalmente las de las damas, manifestaban celos y envidia.

Sentado un poco demasiado cerca de ella, Lord Carlson colocó de inmediato su mano sobre la de Elizabeth de una manera algo tímida, pero posesiva mientras sonreía y asentía con la cabeza respondiendo a los aplausos y las felicitaciones de los invitados.

¿Podía detectar su sorpresa? Porque estaba sorprendida.

Atónita en realidad.

Su tío no había consultado la decisión con ella. ¿No se le permitía siquiera decir algo con respecto a su futuro? Sin saber qué hacer, Elizabeth simplemente se quedó sentada en su silla y miró fijamente la descomunal bandeja de plata con un grabado finamente elaborado que se hallaba en el centro de la mesa. Soportaba el peso de un enorme venado asado rodeado de manzanas, cerezas y peras también asadas.

Habiendo vivido con sus deseos y anhelos ignorados desde el fatídico día en que murieron sus padres, Elizabeth pasó los años fantaseando con conocer a un hombre que la amaría y la adoraría. Quería un marido que se preocupara de sus necesidades, pensamientos y sentimientos. Sobre

todo quería casarse por amor. Recordaba con claridad la felicidad y el amor que sus padres compartían y ansiaba lo mismo para ella.

Sabía muy poco sobre el hombre con el que acababa de ser prometida públicamente, solo que era unos treinta centímetros más alto que ella y que llevaba un bonito bigote la primera vez que lo vio; bigote que se había afeitado. Era poseedor de unos ojos grises como el acero que se te metían en el alma cuando te miraba. Cuando sonreía, a todas las mujeres, incluida a ella, tendían a flaquearle las rodillas. Pero, ¿era eso suficiente para hacer que Elizabeth quisiera casarse con él y pasar el resto de su vida con él? ¡Difícilmente!

Habiendo apenas regresado de las colonias, Lord Stephen Carlson estaba en boca de la sociedad londinense y era también uno de los más cotizados solteros de la clase alta. Trece años mayor que Elizabeth, había partido de Inglaterra en busca de aventuras quince años atrás y solo había regresado a petición de su padre, que sufría de una grave afección respiratoria.

Herederero de un ducado con un patrimonio que podía rivalizar con el del rey, Stephen dejó sus negocios en el extranjero y asumió obedientemente el papel de cabeza de familia. En cuestión de días, las obligaciones de su padre, realmente descuidadas, estuvieron en sus competentes manos.

Elizabeth consideró su difícil situación. La mayoría de las mujeres se habrían desmayado por la dicha ante la perspectiva de convertirse en Lady Carlson. Después de todo, Lord Carlson figuraría un día entre los hombres más influyentes de Inglaterra. Su alta y musculosa constitución llenaba su chaqueta y sus pantalones de montar de una forma que era ciertamente agradable a la vista. Su rubicunda complexión, su mandíbula esculpida a cincel y sus ojos grises acerados, acentuados por un pelo que se había tornado caoba a causa de la exposición al sol y que de no ser así parecía que se iba a tornar castaño oscuro, podían sin lugar a dudas quitarle el aliento a cualquiera. En las raras ocasiones en las que llevaba peluca, su magnetismo parecía acentuarse. Sí, cualquier mujer se consideraría afortunada si fuera a convertirse en la esposa de Lord Stephen Carlson.

Pero, ella no era cualquier mujer.

Después de haber vivido los últimos nueve años bajo la custodia de un hombre que no podía o no quería abrirle su corazón, estaba decidida a no desperdiciar el resto de su vida en un matrimonio sin amor. Al recordar lo felices que sus padres fueron juntos y sabiendo que desafiaron las convenciones y se casaron por amor, se prometió a sí misma hacer lo mismo. Y pretendía cumplir aquella promesa.

No le importaba que Stephen Carlson fuera a heredar una fortuna comparable a la de un rey. Ni tampoco la impresionante fortuna que se decía que había adquirido por

su propia cuenta mientras estaba fuera. No le importaba que ella misma se fuera a convertir algún día en una duquesa con impresionantes mansiones a su disposición, tanto en Inglaterra como en el extranjero. No le importaba que aquel matrimonio fuera a proporcionarle la oportunidad de redimir el nombre de la familia que había sido mancillado, a los ojos de su tío y algunos miembros impasibles de la alta sociedad, por los actos de su madre. No le importaba que Stephen fuera extremadamente guapo y vigoroso. No le importaba que sus aventuras en el extranjero le hubieran proporcionado un aire carismático de misterio. Lo que importaba es que se conducía de una manera fría y reservada. Claramente era incapaz de amarla de la manera en que quería ser amada.

De la manera en que necesitaba ser amada.

De la manera en que soñaba con ser amada toda su vida.

Desde que Stephen regresó a Inglaterra hacía menos de quince días, después de una ausencia de al menos una década, Elizabeth se había encontrado en su compañía en múltiples ocasiones. Los presentaron por primera vez en la fiesta de Molly Regent y pasaron apenas un instante discutiendo del tiempo. Ambos fueron invitados de la condesa Weston en su palco privado en el teatro, donde se encontraron sentados de una manera escandalosamente próxima durante la representación de la *Comedia de la equivocaciones* de William Shakespeare.

Aunque a Elizabeth Lord Carlson le resultaba atractivo y, el hecho de que no siguiera la tendencia de llevar maquillaje realzaba el atractivo de sus rasgos, y su conversación resultaba ligera y trivial de una manera entretenida, no le gustaba la sensación desconocida de calor y agitación que sentía en la boca de su estómago siempre que él estaba cerca. Al haber crecido sin el privilegio de que se le permitiera disfrutar de un círculo de amigas como el que las chicas más jóvenes de su mismo estrato social disfrutaban, apenas tenía una confidente a la que explicarle aquellos pensamientos y se veía obligada a recurrir a sus propios razonamientos. Puesto que aquel sentimiento la confundía y la incomodaba, decidió que debía ser malo. Y como Lord Carlson era el causante de aquellas malas emociones y sensaciones, él también tenía que ser malo.

Stephen visitó a su tío en numerosas ocasiones después de haber sido presentados. Todas las veces pasaba la mayor parte de la visita atrincherado detrás de las gruesas puertas de nogal que protegían el estudio privado de su tío de ojos y oídos curiosos. A veces se hallaba solo en compañía de su tío y otras venía acompañado de unos cuantos de sus socios. Después de terminada la reunión, Stephen se dirigía religiosamente al salón para pasar un breve momento con ella disfrutando de una conversación trivial a la que seguía un incómodo silencio.

Elizabeth percibía el fuerte contraste que existía entre sus interacciones privadas, y la animada y relajada

interacción que se desarrollaba entre ellos en sus encuentros públicos. Como ambos frecuentaban los mismos círculos sociales, asumió que aquella insignificante e incómoda atención que le dedicaba el siempre popular y preocupado por las formas sociales Lord Carlson con el mero desempeño de la obligación de ser educado antes de marcharse. Nunca, ni en sus sueños más salvajes, hubiera pensado que la estaba cortejando.

Cuando su tío la sorprendió anunciando públicamente que había consentido en dar su mano en matrimonio a aquel hombre distante que le causaba una incómoda inquietud siempre que estaba cerca, sin ni siquiera haberlo hablado con ella con antelación, quiso gritar y abandonar corriendo la mesa.

Pero, claro, las reglas sociales no lo permitían.

La vida se convirtió en una tortuosa niebla durante los pocos meses que quedaban para el día de su boda. Durante este tiempo, las visitas de su prometido se redujeron en duración y frecuencia, lo que a ella le venía muy bien.

Su institutriz, Madeleine Hardy, ya había superado el tiempo por el que estaba contratada, pero accedió a permanecer en la residencia acompañando a Elizabeth hasta que se casara. También debía actuar en nombre de la difunta madre de Elizabeth ayudándola a elegir su vestido y su ajuar.

Madeleine era apenas diez años mayor que Elizabeth. Se había criado como la hija de un caballero antes de que la

muerte de su padre hiciera necesario que se empleara como institutriz, tarea a la que se dedicó con un celo entusiástico. Estaba tan entusiasmada por los acontecimientos que no se dio cuenta de que Elizabeth no compartía ni un ápice de su entusiasmo.

Con lo que respecta a Elizabeth, pasaba los días angustiada. ¿No había nadie que entendiera o compartiera su sentimiento de insoportable pérdida y reclusión?

Pensaba en esto cuando compraba lazos que combinaran con su nuevo brocado de seda que había mandado convertir en una bata. Caminaba por Market Street cuando se topó con un antiguo colega de su padre, el Dr. Jameson.

Aunque a su tío Cyrus le importaba bien poco el distinguido doctor, su padre había sido un buen amigo. De hecho, su padre pensaba tan bien de la familia Jameson en conjunto que el hermano del doctor Jameson, el Jameson del bufete Simon y Jameson, fue el encargado de ocuparse de su herencia hasta que ellos tuvieran edad de disfrutarla.

El Dr. Jameson se había encargado de visitar la casa del duque y de preguntar por el bienestar de Elizabeth y Herald en más de una ocasión. El afecto que la joven mujer y el viejo doctor se profesaban era consecuencia de esas visitas.

—Querida, tengo entendido que tienes que casarte con Lord Stephen Carlson. —El Dr. Jameson hizo una entusiasta

reverencia antes de cogerle las manos— Va a heredar un ducado, ¿no es así? Bien hecho, digo. Bien hecho.

Estaba tan encantada de estar en compañía de aquel reconfortante anciano, que Elizabeth le perdonaba el hecho de que ignorara las últimas tendencias de la moda que exigían un rostro bien afeitado, y que en su lugar luciera un bigote pasado de moda entrecano y encerado, perilla y una peluca muy empolvada y mal encajada que llevaba medio torcida sobre su cabeza. Su intento de seguir la tendencia de realzar sus facciones con un poco de maquillaje aquí y allá resultaba muy poco favorecedor y podría tildarse de mal gusto. La combinación de todo esto le proporcionaba una cómica apariencia. A pesar de su desaliñada apariencia, los ojos de Elizabeth brillaban con auténtica amistad. Era ajena a las miradas de las personas que pasaban.

Las cejas de su viejo amigo se unieron en un gesto de preocupación mientras escuchaba a Elizabeth expresarle balbuceando su gratitud por sus buenos deseos. No era la alegría de una joven mujer que estaba a punto de casarse. Estudiándola más atentamente, pudo percibir como sus habitualmente sonrosadas mejillas palidecían y cómo lucían apagados y sin vida sus ojos violeta oscuro generalmente brillantes. ¿Podía sentirse mal?

Sintiendo la necesidad de confiar en alguien, Elizabeth aceptó la oferta del doctor para tomar un café juntos. Afortunadamente, no estaban lejos de una de esas pocas cafeterías en Londres que admitía mujeres.

El rico aroma de los granos recién molidos del café cautivaba sus sentidos mientras permitía que el doctor la escoltara a una mesa más apartada situada en la parte trasera de aquella muy mal iluminada sala. Le indicó a Madeleine que se colocara en un lugar apropiado y alejado de ellos, para permitirle un poco de intimidad antes de confiarse con el doctor.

Durante el transcurso de su larga conversación, amenizada por un café de reciente elaboración aligerado por una dulce crema de un color ligeramente tostado y acompañado por unas dulces galletas de almendras, Elizabeth expresó su desesperación porque su tío la hubiera prometido en matrimonio sin ni siquiera haberle hecho ni la más mínima mención antes de anunciarlo públicamente. Sentía que, aunque su tío se había preocupado de satisfacer adecuadamente sus necesidades básicas, no había tenido en cuenta sus sentimientos desde aquel fatídico día en el que murieron sus padres y él se hizo cargo de ella. Estaba segura de que la unión entre ella y Lord Stephen Carlson tenía como objetivo el de incrementar el ego del conde y mejorar su posición política, y no el de contribuir a su felicidad y bienestar.

Habiéndosele negado el privilegio de casarse con el amor de su juventud debido a su mala posición en la sociedad, Lord Michael Jameson optó por quedarse soltero y evitó mezclarse y relacionarse con la nobleza. Se sumergió en la ciencia y la medicina como un medio para ayudarle a

sanar su corazón roto. Sí, se identificaba plenamente con el deseo de Elizabeth de casarse por amor, y sí, entendía muy bien como podía sentir que su tío estaba simplemente intentando deshacerse de ella a la primera oportunidad entregándola al mejor postor. Después de todo, una chica de diecisiete años con una considerable herencia y una respetable asignación podía muy bien no ser considerada como alguien destinado a convertirse en una indeseable solterona, y difícilmente podía ser una carga para su tutor. Seguramente, Lord Roberts podía haber esperado un poco más y haber concedido a su joven pupila la oportunidad de enamorarse.

El descontento de Elizabeth con su tío y su situación eran una bendición para el extravagante doctor. Veía ante él una oportunidad única. Hacía mucho tiempo que deseaba viajar y explorar las recién emancipadas colonias. Desgraciadamente, al ser el hijo de en medio y por tanto no el heredero de la fortuna familiar, no podía financiar un viaje así. Como su hermano custodiaba la herencia de Elizabeth hasta que esta se casara, estaba al tanto de cierta información y sabía de buena tinta que tenía medios para financiar varios viajes alrededor del mundo.

Como la chica estaba decidida a escapar de su actual situación y comenzar una nueva vida, ¿por qué no hacerlo? ¿Por qué no aventurarse a huir a algún lugar en el que el conde nunca pensaría en buscarla?

Con gran entusiasmo, el doctor utilizó sus habilidades persuasivas y le dibujó un escenario de libertad y felicidad inigualable con su descripción del recién formado país. Un país fundado sobre los cimientos de la libertad.

Elizabeth no había pensado en viajar lejos del único hogar que conocía, especialmente tanto como para cruzar el océano. Nunca había estado en el mar. Viajar cruzando un vasto océano hasta unas tierras tan salvajes como las de las colonias le resultaba una idea aterradora. Corrían numerosos rumores entre la clase alta acerca de los bárbaros que lucharon contra el ejército del rey junto con nativos medio desnudos. Se decía que incluso practicaban la esclavitud, algo que ya no se practicaba desde hacía mucho tiempo en los países civilizados. Las colonias que describía el doctor no parecían nada parecido a la tierra bárbara que las malas lenguas tan vívidamente retrataban. Cuando el doctor le recordó que el muy refinado y respetado Lord Stephen Carlson, el hombre que su tío eligió como su futuro marido, había pasado la última década de su vida allí, estuvo de acuerdo en que debía ser la clase de tierra que le estaba describiendo. Realmente tenía que ser la tierra de los nuevos comienzos y la libertad.

El cuadro que el buen doctor le dibujó a Elizabeth hacía que el recién emancipado país sonara como un sueño hecho realidad. Un viaje de tal magnitud podría resultar costoso, accedió a financiar el viaje siempre y cuando él se

ocupara de disponerlo todo y fuera su escolta no solo durante el viaje, sino también cuando pisaran tierra.

El doctor le aseguró que sería un honor y un privilegio convertirse en su guardián hasta que conociera y se enamorara del hombre de sus sueños. La apremió para que no le contara a nadie sus planes. Su tío era un hombre influyente y los Carlson también, si no más. Si sus planes se descubrían antes de que fueran ejecutados, las consecuencias podrían ser terribles. Era como para ni siquiera susurrar algo al respecto.

Se separaron con la promesa de reunirse de nuevo dentro de una semana. Ambos lo hicieron a paso ligero. Movidos por la emoción. Tenían un plan. Para el Dr. Michael Jameson representaba la aventura de su vida. Para Lady Elizabeth Nottingham suponía la libertad y la promesa de una nueva vida llena de amor y felicidad.

—¡Es el colmo, chica, dime que no viniste sola! —bramó el Dr. Michael Jameson al entrar en la habitación con su mayordomo, John, siguiéndole los talones.

La genuina inquietud expresada por la malhumorada voz del doctor mientras avanzaba a zancadas sobre la gruesa alfombra de lana tejida y tomaba asiento en una mullida silla tapizada en verde sorprendió a Elizabeth. No había sido testigo de aquella faceta de su viejo amigo durante las cortas visitas que le había prodigado todos aquellos años. Siempre

había sido jovial y amable mientras le contaba historias de cuando él y su padre eran jóvenes doctores abriéndose camino en el mundo.

—Pues, sí, lo hice —replicó estoicamente.

—Bueno, y, ¿por qué hiciste algo tan estúpido? ¡Vaya, es inaudito! ¿No sabes lo peligrosas que son las calles por la noche? Y... que el diablo me lleve... ¿Qué barbaridad he escuchado? ¿Que viniste por el callejón?

Estaban a punto de embarcarse en la aventura de su vida y el doctor estaba nervioso y claramente ansioso. Lo último que necesitaba era un estrés excesivo sobre su rostro envejecido debido a las acciones imprudentes de aquella jovencita.

—Era más rápido, señor —replicó Elizabeth vacilante.

Al oír su reacción a la furia del doctor, Elizabeth, por desgracia, tuvo que admitir que el doctor tenía razón. ¿En qué había estado pensando?

La reacción del doctor a su irreflexivo método de desplazamiento fue sorprendentemente vívida. ¿Qué diría si conociera lo demás? ¿Se atrevería a decirle que le había confiado apenas unos cuantos detalles de sus planes a Madeleine y que la estúpida mujer la había delatado? ¿Se atrevería a admitir que su tío había insistido en casarla de inmediato con Lord Carlson para evitar otro escándalo en la familia? ¿Se atrevería a contarle que ya era la señora Carlson desde hacía una semana?

No lo haría.

—Creí que era mejor mantener informada de nuestros planes a la menor gente posible, por tanto, no alquilé un carruaje y tomé una ruta que resultara rápida y corta. Siento haberlo contrariado, señor —replicó Elizabeth mirando al suelo.

De repente se sintió bastante estúpida.

—No importa, querida niña. —El doctor suspiró. Parecía haberse dado cuenta de su severidad y controlaba su temperamento. Volviendo a ser el hombre que ella tan bien conocía, continuó— Probablemente tengas razón al respecto. Cuanta menos gente esté al tanto, mejor. Incluso un cochero que conozca tu paradero puede representar un peligro. Es algo escandaloso lo que estamos a punto de hacer, me atrevería a decir. —Sacudió la cabeza, se permitió esbozar una amplia sonrisa que abarcó todo su rostro y se rió— Es de hecho toda una aventura.

—Efectivamente —resopló John aparentemente no muy entusiasmado—. Una que puede costarle caro, viejo loco. Es muy probable que viajen a aquellas colonias salvajes para que les arranquen la cabellera o algo peor.

Elizabeth alzó una ceja sorprendida por la inusual familiaridad que el sirviente del Dr. Jameson se había permitido estando con él. Al percatarse de su reacción, su nuevo tutor, echó la cabeza para atrás riendo efusivamente.

—Lady Elizabeth Nottingham, ¿puedo presentarle a mi hermano, Sir John Jameson? Me doy cuenta de que se han

conocido, pero estoy seguro de que no les habían presentado debidamente.

John hizo una reverencia disimulando la risa lo mejor que pudo.

—Su hermano —Elizabeth ahogó un grito—, pero, pensé...

—Sí, y estás en lo cierto. Efectivamente me presta sus servicios como mayordomo. —El Dr. Jameson se rió— No porque lo necesite, claro está. De hecho, es mi hermano mayor. La fortuna de la familia —el doctor señaló con su brazo la habitación—, esta casa, y todo lo que hay en ella le pertenece. No lo hace por necesidad, si no por gusto. Por alguna razón incomprensible le gusta representar el papel de mi sirviente.

—Cierto. —John asintió con la cabeza entusiastamente mientras hacía todo lo que podía por disimular lo que aquello le divertía.

—Qué extraño —musitó Elizabeth.

—Efectivamente —estuvo de acuerdo el doctor.

De alguna manera Elizabeth sentía que se le escapaba algo en toda aquella historia, pero aceptó su explicación. Por el momento, había cuestiones más importantes en las que centrarse. La cuestión del extraño comportamiento de John podía tratarse más tarde, si es que había de ser tratada.

—¿Me equivoco si he entendido que pisaste una extraña sustancia mientras te dirigías hacia aquí? —le preguntó su anfitrión.

—Sí, lo siento mucho. Era extremadamente difícil ver por donde iba. —Al ver que la mirada adusta retornaba al rostro del doctor, Elizabeth midió sus palabras— Su criada hizo todo lo que pudo para limpiarlo y evitar que dejará rastro por toda la casa. Siento decir que a mis zapatillas no les ha ido muy bien, pero creo que no he dejado ninguna huella.

—No me preocupa tanto que ensucies mi casa como que te hayas contagiado de algo. Esos callejones están llenos de enfermedades. Haré que te preparen un baño. Sally te ayudará. Tenemos que quemar esas ropas. El vestuario que pedí para ti llegó ayer. Elige un traje apropiado para el viaje después de que te hayas lavado y reúnete conmigo en el comedor. Tomaremos algo ligero antes de partir rumbo al puerto. —Se levantó para marcharse— Te ruego que no te demores, querida niña. No dudo de que te buscarán con las primeras luces del día. Tenemos que darnos prisa si queremos llevar a cabo esto.

Afortunadamente para todos los afectados, Elizabeth no había hablado de todos sus planes con Madeleine y no reveló la identidad del Dr. Jameson. Conociendo al buen doctor como creía que lo hacía, estaba segura de que no habría querido seguir con sus planes de haber sabido que ya estaba casada con el hombre del cual le había pedido ayuda para escapar. Decidió que era mejor mantener aquel hecho en secreto hasta que se hubieran embarcado rumbo a las emancipadas colonias.

DOS

Stephen se apoyó contra la barandilla desgastada del barco y tomo nota mental de que necesitaba mantenimiento mientras observaba la playa inglesa transformarse en una línea diminuta y delgada que parecía a punto de desprenderse de las aguas del océano. Era agradable estar de nuevo en mar abierto, aunque fuera en aquellas tristes circunstancias. Navegar siempre lo hacía sentirse libre y con vida. Era una sensación que anhelaba después del dolor y el trauma que los últimos meses le habían deparado.

La estrechez de la sociedad londinense contrastaba fuertemente con la libertad que había experimentado al vivir en los recién constituidos Estados Unidos. Incluso si no hubiera tenido conocimiento del viaje de su esposa al nuevo mundo, hubiera regresado a él finalmente. El escandaloso comportamiento de su esposa le había proporcionado la excusa de hacerlo antes y con la aprobación de su padre.

Convocado por su padre enfermo, Stephen había regresado de inmediato a Inglaterra, aunque a regañadientes. El patrimonio familiar estaba en crisis y se le requería en casa para ayudar. El duque estaba mal y sus médicos eran incapaces de diagnosticar qué causaba su enfermedad respiratoria que empeoraba por momentos. Añadido a esta conmoción, el capataz, Mr. Eversmith, sufrió una trágica caída de su caballo mientras perseguía a unos cazadores furtivos y murió al romperse el cuello. Con su padre postrado en cama y el capataz muerto, las tierras y la

administración del patrimonio necesitaban atención imperiosamente. La carta de su madre le rogaba que se apresurara a regresar para asumir las obligaciones de su padre como duque de sus extensas tierras, aunque aún tuviera que heredar el título.

Preocupado porque su hijo aún estaba soltero y existía la posibilidad de que quizás no viera el nacimiento del futuro heredero de su linaje, el duque consultó acerca de las jóvenes doncellas aptas para su hijo. Finalmente se decidió por la hija de Sir Thomas Nottingham.

Aunque era hijo de un comerciante, Nottingham había sido un médico distinguido que llamó la atención del rey y al que se le concedió un título y una fortuna. También consiguió emparentar con una ilustre familia debido a su matrimonio, lo que compensaba con creces el estigma de su poco noble cuna. Aunque la chica careciera de abolengo, lo compensaba con su delicada y aristocrática belleza y su considerable dote. Al Duque le impresionó la forma en que los mechones de su pelo oscuro y rebelde enmarcaban su delicado rostro ovalado. Acentuaban sus profundos ojos color violeta, sus prominentes pómulos y sus opulentos y gruesos labios. Resultó estar bien instruida en lo referente a la etiqueta, comportándose siempre que estaba en público como una señorita recatada y bien educada. Aunque de pequeña figura, parecía lo suficientemente vigorosa. Al preguntar al respecto, apenas se le atribuyó indicio alguno

de enfermedad. Sí, Elizabeth Nottingham era perfecta para unirse a la estirpe del duque, verdaderamente perfecta.

Junto con la identidad de la que iba a convertirse en su esposa, el padre de Stephen le proporcionó a este además una breve historia de la familia de la candidata. Como el único heredero vivo del negocio mercantil de la familia, Thomas Nottingham heredó a temprana edad, después de que su madre, su padre y su hermano fueran aquejados por una enfermedad devastadora que se apoderó de sus cuerpos y de sus vidas tan rápidamente que no hubo tiempo de diagnosticarla ni de tratarla. Cuando Thomas regresó de un viaje de negocios, descubrió no solo que era huérfano, sino que también era el propietario de un negocio que le importaba muy poco. Abatido por la pena, decidió vender el negocio y estudiar medicina. Estaba decidido a convertirse en el mejor médico de manera que pudiera ayudar a impedir que les sucediera a otros lo que le había pasado a su familia. Al elegir su vocación demostró haber tomado una sabia decisión. Bien formado como médico y ansioso por progresar en la vida y hacerse merecedor de compartirla con la mujer que había descendido en el escalafón el día que accedió a ser su mujer, Thomas se las arregló para llamar la atención del rey y hacerle merecedor de su afecto, tanto como para que este le nombrara caballero y le concediera una hacienda bastante extensa. A esto se sumaba su propia y considerable herencia. Sumado todo este patrimonio, Elizabeth iba a recibir una respetable fortuna el día de su boda. El duque

sentía que estos factores superaban el escándalo provocado por la atrevida fuga de sus padres.

La descripción de Elizabeth que el conde le ofreció al duque fue la de una jovencita obediente que se desenvolvía con urbanidad en los actos sociales. Aunque alguna vez había sido testigo de alguna osadía impropia de una dama, sin duda heredada de la parte vulgar de su padre, estaba seguro de que había recibido la influencia adecuada de la clase acomodada y había sido educada para ser una esposa, madre y ama de casa ejemplar para compensar aquel indeseable poso que la hubiera relegado a permanecer entre la clase corriente.

Stephen se debatía por contarle a su padre que había conocido a una integrante de la alta sociedad de las colonias. Era una impresionante belleza sureña de una plantación cercana a la suya en Georgia. La encontraba ocurrente además de agradable a la vista. Estaba considerando cortejarla antes de que su padre le requiriera a retornar al hogar. Incluso había pasado por su mente cortejarla a pesar del requerimiento de su padre.

Después de mucho pensarlo, decidió no hacerlo. Sabía que una vez que su padre había tomado una decisión de tal magnitud, no estaría dispuesto a cambiarla. Además, estaba el hecho de que, aunque no era de puro abolengo, Lady Elizabeth Nottigham ocupaba una posición mucho más elevada y mucho más aceptable para el gusto de la sociedad

británica que Miss Paulette Moore. Esto era algo que el futuro Duque necesitaba tener muy presente.

Stephen suspiró y se preparó para lo inevitable. Tendría que derivar su atención del ardiente calor que le inspiraba su hermosa y encantadora belleza sureña, a la que había llegado a tomar afecto, a la fría deferencia de una mojigata y auténtica dama inglesa de la que apenas sabía nada, pero que de algún modo había pasado el escrutinio de su padre y había sido seleccionada como su esposa. Tal compromiso requería tiempo para acostumbrarse a él.

Plenamente consciente de que ni la descripción hecha por el conde de Elizabeth, ni la hecha por su padre incluían la belleza, Stephen pidió que se le permitiera verla en alguna ocasión sin que ella supiera de su matrimonio concertado. Explicó que deseaba verla en su propio elemento, sin tener que mostrar necesariamente su mejor comportamiento como una mujer que se hallaba ante el hombre que la cortejaba. Para sí mismo admitió, que si no era atractiva, lo que había asumido como cierto, le gustaría estar preparado para ello y tener el tiempo de adaptarse al sacrificio que haría por el bien de su familia. También le proporcionaría la oportunidad de descubrir qué era lo que había visto su padre en la chica para pasar por alto su imperfecto abolengo y aceptarla como miembro de la familia. Era algo que lo desconcertaba profundamente.

Si no hubiera estado ausente de la sociedad londinense por tanto tiempo, Stephen habría estado al tanto

de la gran y exótica belleza de Lady Elizabeth, y habría sido testigo de sus impecables modales y de su perfecto comportamiento durante los muchos actos sociales a los que había acudido desde su baile de presentación. Teniendo en consideración los diez años que Stephen había estado ausente de la sociedad londinense por residir en una tierra primitiva, el Conde Roberts lo complació y le concedió su extraña petición. Además, aún tenía que solucionar el asunto del contrato nupcial antes de que pudieran siquiera pensar en hacer pública una noticia como aquella. Un matrimonio era un negocio serio y no había que precipitarse. Le daría a Lord Carlson el tiempo que había pedido para observar a su sobrina, aunque era una extraña petición.

Stephen fue invitado a varios actos en los que pudo interactuar con Elizabeth. Aunque su joven prometida era mucho más reservada que su ardiente belleza sureña, Miss Paulette Moore, mostraba un cálido e inocente entusiasmo por la vida que Stephen no se esperaba y que le resultó extremadamente agradable descubrir. Además, y para su alivio, la encontró mucho más bella que cualquier otra mujer en la que hubiera posado los ojos con anterioridad, incluida Miss Paulette.

En todos sus viajes nunca había visto tal combinación de piel de porcelana, mejillas sonrosadas, grandes ojos violeta y pelo azabache espeso y rebelde en un cuerpo femenino menudo y perfectamente proporcionado. El hecho

de que su apariencia fuera frágil, pero sana, solo contribuía a hacerla más atractiva.

La encontraba irresistible.

Requirió de todas sus fuerzas y precaución para resistir el impulso de declararle su amor en el mismo instante que los presentaron en la fiesta de la Regent's University. Sabiendo que era su prometido, luchó vehementemente contra los celos que lo embargaban cada vez que la veía bailar con los caballeros solteros de la sala. Nunca antes había encontrado tan difícil controlar sus emociones.

La tortuosa felicidad de estar sentado tan cerca de Elizabeth durante la ópera a la que le invitó la condesa de Westbury, casi resultó ser la perdición de Stephen. Después de unas cuantas miradas disimuladas dirigidas a la condesa, podría haber jurado que atisbó a ver en el ajado rostro de esta una la mirada divertida antes de que volviera a recomponer el rictus. ¿Se divertía a su costa? ¿Se daba cuenta de su tortura? No quería darle esa oportunidad a la aristocracia aburrida que siempre estaba buscando cualquier pequeña diversión para hacer más soportables sus días.

Los términos de la negociación nupcial con el conde eran mucho más complejos de lo que Stephen se había esperado. Por aquí y por allí oía comentarios de que el conde Roberts encontraba tedioso y problemático ocuparse de su sobrina. Las malas lenguas insistían en que el conde habría

preferido ocuparse solo de su sobrino y olvidarse de su sobrina. Cuando las negociaciones con Stephen se revelaron a favor del futuro bienestar de su sobrina, resultó una gran sorpresa.

Aunque las exigencias del conde eran justas, costó tiempo llegar a un acuerdo. Esto originó un retraso en el anuncio de sus futuros esponsales, algo que a Stephen le resultó desgraciadamente tortuoso. Habría preferido hacerle saber a Londres que la bella Lady Elizabeth pronto le pertenecería. Quería en particular presumir de este hecho ante los caballeros que como lobos se congregaban a su alrededor en cada acto público al que acudía.

Stephen encontraba sus reuniones con Lord Roberts difíciles de soportar sabiendo que Elizabeth estaba en algún lugar bajo el mismo techo. Luchaba contra un ansia arrebatadora de sentarse junto a ella, y habría accedido a cualquier cosa para acortar las reuniones y poder estar libre e ir en su búsqueda. Para mayor regocijo del conde, fue prácticamente eso lo que hizo.

Era habitual que las mujeres buscaran la compañía de Lord Stephen Carlson y a él le resultaba fácil agasajarlas. Debido a esto se sintió frustrado cuando finalmente tuvo la oportunidad de estar a solas con la hermosa Lady Elizabeth y no pudo recurrir a sus encantos varoniles. Pensaba de ella que era adorable y delicada; como un pájaro exótico. Por algún motivo desconocido, no podía deshacerse del temor acuciante a que su pájaro exótico se escapará volando. El

efecto general que le producía era arrollador y sin poder evitarlo, se tornaba embarazosamente e inusitadamente acalorado y cohibido. En cuestión de minutos, tras haberse sentado en la habitación con ella, todo su ingenio y sus habilidades comunicativas lo abandonaban. Frustrado por su comportamiento infantil, se descubría a sí mismo excusándose para acortar su estancia y escaparse al acogedor abrazo del aire fresco del exterior.

Inmediatamente después de su primer encuentro con Elizabeth, se dio cuenta de lo ridícula que había sido su petición de mantener su trato en secreto. La amó desde el primer minuto en que posó sus ojos en ella. Cuando el conde finalmente los sorprendió anunciando su compromiso durante una cena privada, el corazón de Stephen casi se le sale del cuerpo de alegría e impaciencia. Sin pensarlo, puso su mano sobre la de ella mostrando abiertamente el afecto que le profesaba.

La fría viscosidad de la piel aterciopelada de Elizabeth cuando envolvió su mano con la suya, fue el primer indicio de que quizás la hermosa y delicada Elizabeth no era tan feliz con su futura unión como lo era él. Fue como un cubo de agua fría contra su rostro. No había esperado que no estuviera interesada en unirse a él. El objetivo de toda mujer era encontrar un buen partido. Estaba tan acostumbrado a que las mujeres prácticamente se abalanzaran sobre él buscando matrimonio, que la posibilidad de que existiera

una mujer que no quisiera casarse con él nunca se le había pasado por la mente.

Se maldijo por haber atendido a su propio interés y no haber cortejado a Elizabeth como era debido desde el principio. Si otra cosa no había aprendido, era con toda seguridad que una mujer esperaba y deseaba ser cortejada y que necesitaba del cortejo para amar a su futuro marido. Incluso los matrimonios que a causa de la falta de amor habían fracasado, alguna vez habían disfrutado de los placeres del cortejo. Sus temores egoístas le habían negado a aquella adorable criatura una de las experiencias más importantes en la vida de toda mujer. Lo sentía profundamente. Decidido por completo a compensarla, Stephen se prometió a sí mismo cortejarla el tiempo que restara de su corto compromiso.

Como el padre de Stephen estaba gravemente enfermo, el doctor les insinuó en más de una ocasión su preocupación de que si no mejoraba pronto, la muerte se produciría con toda probabilidad. Debido a esto, la boda se programó para antes de cuarenta y cinco días después de ser anunciada, dejando solo el tiempo suficiente para que se leyeran las amonestaciones, que el mejor modista confeccionara el vestido de Elizabeth y que el menú fuera elaborado por los mejores cocineros y reposteros de la ciudad. Puede que Lord Cyrus Roberts no se hubiera preocupado por la felicidad de Elizabeth, pero ciertamente había procurado por su propia reputación con gran celo. Por

tanto, solo lo mejor de lo mejor estaba permitido para crear la boda que sería la comidilla de la sociedad londinense en los meses siguientes.

Tristemente, antes de que Stephen pudiera empezar su ritual de cortejo, sus propósitos se vieron interrumpidos abruptamente. Sus oportunidades se vieron seriamente truncadas cuando la salud de su padre tomó un giro irreversible para peor. Las exigencias para ocuparse del bienestar del patrimonio de su familia fueron de tal envergadura que el recién comprometido Lord Carlson no encontró mucho tiempo para otra cosa que no fuera mantenerse atento a los negocios. Tristemente, sus visitas a Elizabeth se vieron reducidas y espaciadas en el tiempo. Lo que empeoró la situación fue el modo en que su continuada e irritante timidez le dificultaba la habilidad de expresar sus pensamientos y sentimientos siempre que encontraba tiempo para estar en su compañía.

Aunque la repentina petición del conde de precipitar la boda y celebrarla en la intimidad cogió por sorpresa a Stephen y a su familia, en general fue bien recibida. Su padre estaba muy ansioso por ver a su único hijo, y heredero de su fortuna y título, satisfactoriamente casado antes de morir, y Stephen estaba igual de ansioso por tomar como esposa a su hermosa y exótica diosa, Elizabeth. El novio y su familia estuvieron más que felices por complacerle.

Aun así, los motivos para un matrimonio precipitado rondaban por la cabeza de Stephen cuando se halló de pie

en la acogedora y antigua capilla, a la que asistían solo unos cuantos de sus familiares más cercanos, observando a Elizabeth avanzar por el pasillo hacia él. Como su compromiso no había sido largo desde el principio, estaba seguro de que algo andaba mal cuando se había adelantado la boda tan inesperadamente.

Stephen frunció el ceño cuando vislumbró la belleza que en aquellos momentos estaba de pie, tan cerca de él que podía deleitarse con su dulce y exquisito aroma. Se le había privado de los placeres de un cortejo adecuado y ahora su derecho a vivir una boda soñada había sido arrebatado. Stephen se esforzó por intentar vislumbrar algo a través de los hilos plateados del grueso velo blanco que cubría su hermosura. Podría ser un hombre que apreciaba y respetaba las costumbres, pero en aquel momento en particular deseaba que hubieran renunciado a la del velo. Tendría que haber una ley que prohibiera cubrir tal belleza incluso por el más breve de los momentos.

El hecho de que Elizabeth luciera las últimas tendencias en lo referente a colores de vestidos nupciales, no pasó desapercibido. Parecía una visión en sus ondulantes capas de profuso satén blanco adornado con perlas color crema. Desechó la moda del polisón, optando por la vieja y más tradicional crinolina bajo su falda; originando cierto regio balanceo mientras avanzaba lentamente por el pasillo. Podían haber prescindido de una gran boda, pero al menos se las habían arreglado para adquirir el vestido perfecto.

Seguramente este hecho era del agrado de su hermosa y joven novia.

Su ceño fruncido se acentuó al pensar en la asociación generalmente aceptada del color del vestido de Elizabeth. Aunque el blanco era la última tendencia de la moda, un vestido blanco tenía por objeto representar la virginidad y la inocencia. Durante un tiempo, la iglesia armó un gran revuelo acerca de que se exhibiera lo que debería mantenerse en privado, pero cuando tanto el mundo de la moda como la mentalidad social insistieron, la iglesia finalmente se calmó y aceptó la nueva tendencia.

¿Podía ser la virginidad de Elizabeth un factor para precipitar la boda? Después de todo, su matrimonio había sido inesperado y adelantado urgentemente varios meses y se había mantenido prácticamente en secreto. Ni siquiera habían completado la lectura de sus amonestaciones. Stephen había expresado su preocupación al respecto. El conde le había asegurado que era una nimiedad que podían solucionar cuando le apremió a adelantar la boda. El empeño del conde por casar a su sobrina tan rápido solo podía significar una cosa. La dama lucía el blanco virginal a sabiendas de que era una falacia y estaba probablemente embarazada.

Aunque el pensamiento de que otro hombre había disfrutado de lo que anhelaba para sí mismo y había plantado su semilla en sus aterciopeladas entrañas era difícil de sobrellevar, Stephen se esforzó por pasarlo por alto. Era,

ante todo, un hombre de mundo y, por lo tanto, debía entender esas cosas. Las puertas cerradas de la sociedad londinense no promovían necesariamente la castidad de sus mujeres como un hecho consumado. Desde que se había convertido en su prometido apenas hacía unas semanas había aceptado sus indiscreciones como los actos de una niña tonta que había crecido sin el consejo que una madre normalmente proporcionaba. Apenas se podía esperar de una institutriz que era casi de la misma edad que su pupila que la aconsejara del mismo modo que una madre lo haría. Y, por lo que respectaba a su tío... estaba claro desde el principio que ni estaba a la altura de la tarea ni tampoco le interesaba.

Sospechando que algo iba mal, Stephen se enzarzó en una breve discusión con el conde acerca de la posibilidad de que Elizabeth hubiera experimentado un interludio romántico, y la necesidad por casarse fuera tan grande como para no retrasar la boda ni un día. Expresó claramente que aunque satisfaría al conde con su petición, si su sobrina estaba embarazada, tenía que insistir en reservarse la opción de enviar al niño con el conde para que este se ocupara de él. Stephen no solo sentía que no debía esperarse de él que se ocupara del fruto de una niña tonta que se había descarriado debido a la inadecuada supervisión de su tutor. Además existía la posibilidad de que diera a luz un varón. Seguramente, el conde comprendería que era imposible que él lo reconociera como propio cuando las leyes establecían

que la fortuna familiar pasara al primogénito. Después de todo, su objetivo principal al casarse con Elizabeth era el de engendrar un heredero que continuara con el linaje familiar. Claro estaba que algo de naturaleza tan delicada no podía discutirse en profundidad hasta que no se conociera el sexo del niño.

Aunque era obvio que al conde le incomodaron las suposiciones de Stephen, el modo en que se dirigió a él y la forma en que insultó su tutela, accedió sin reparos. El deseo de liberarse de su nieta parecía ser extremadamente fuerte.

Ahora, viendo a su futura esposa tan radiante y tan cerca, su cuerpo se estremeció anticipándose a lo que precedería. Stephen se arrepentía de las palabras pronunciadas ante su tío. No importaba si Elizabeth estaba embarazada. No importaba si había obrado mal. Todo lo que importaba era que iba a ser suya. Se estaba casando con la mujer más dulce y bonita de la región. No... del mundo. Eso era todo lo que importaba. Todo lo que tenía que hacer era controlar su estúpido e incómodo nerviosismo cuando ella estuviera cerca y la vida sería perfecta.

Aunque Elizabeth nunca se había expresado al respecto, sus actos durante su breve compromiso, y durante su igualmente breve ceremonia de matrimonio manifestaban de una forma dolorosamente clara que no deseaba casarse con él. Asumiendo que su corazón pertenecía al padre de la criatura que se gestaba en su vientre, Stephen pasó por alto el obvio malhumor de Elisabeth y se resignó a la posibilidad

de que el suyo fuera a ser probablemente uno de aquellos típicos matrimonios por compromiso. Tales matrimonios eran demasiado comunes en la sociedad londinense. Aunque rogaba porque lo amara algún día, esperaba que al menos las cosas se arreglaran y pudieran ser amigos. Después de todo, los lazos de una auténtica amistad podían resultar igual de gratificantes. Se arrepentía de su arrogancia y de sus irreflexivas suposiciones cuando se acordaba de su noche de bodas.

Pensando que no estaba tratando con una virgen, lo único que tenía en mente era poseerla completamente y borrar cualquier rastro del hombre que había probado sus encantos antes que él. Para colmo, durante la recepción bebió para armarse de valor como precaución contra aquel maldito nerviosismo que siempre lo embargaba cuando estaba en su presencia. No podía permitirse que le fallara el cuerpo mientras consumaba el matrimonio.

Ella se le resistió, pero, por supuesto, eso era de esperar. Eran, en gran medida, extraños, y ella se había visto forzada a casarse con él cuando amaba a otro. La curiosidad por la identidad de su amante le cruzó por la mente fugazmente antes de que se apoderara de él la ebria lujuria por su nueva esposa. No importaba que se resistiera. Estaba seguro de que después de unas cuantas noches con él en la cama entraría en razón y se olvidaría por completo del hombre que había dejado atrás. Después de todo, era un gran amante.

Si no hubiera sido tan estúpido y no hubiera bebido tanto durante su pequeña pero completa recepción.

Ella había permanecido a su lado como cualquier mujer recién casada durante la mayor parte de la velada, solo excusándose para ocuparse de sus obligaciones. Como era habitual, su cercanía provocaba que las emociones de Stepehn se descontrolaran. Quería abrazarla y susurrarle que era la mujer más hermosa que había visto nunca y declararle lo que la amaba desde el momento en que la había conocido, pero su lengua no cooperaba. Los genitales le dolían atrocemente ante lo que estaba por venir. Habría dado cualquier cosa por tener la oportunidad de tomarla allí mismo, pero las normas sociales exigían distancia entre ellos.

Aunque estaba alterado por dentro a causa de la tortura que le infringía su cercanía, pero calmado en su exterior para el que lo contemplara, los asistentes los elogiaban por la hermosa pareja que hacían. Stephen apenas podía soportarlo. Solo se le ocurría un recurso para un hombre que padecía aquello.

Beber.

Así que bebió.

Para cuando finalmente se encontró a solas con su hermosa esposa en su recién adquirida mansión, y fue libre de declararle todo su amor sin correr el riesgo de hallarse en una habitación repleta de oídos alerta, su mente estaba debidamente embotada por el champagne y el coñac. Fue

incapaz de articular una sola palabra. Su cuerpo, por otra parte, cobraba vida adquiriendo su propio pensamiento. Frustrado por su incapacidad para articular palabra, e incapaz de mantener bajo control sus impulsos, no se molestó en acostar a su nueva esposa y reclamó sus encantos para sí.

Ese fue un acto del que se arrepentiría por el resto de su vida.

Si la mente de Stephen no hubiera estado tan nublada por el alcohol, se hubiera dado cuenta de que su nueva esposa no se le resistía con todas sus fuerzas porque amara a otro hombre. Se debatía a causa del miedo y la confusión por no saber qué le estaba pasando.

Si los sentidos de Stephen hubieran estado más alerta, habría reconocido que aquella delicada flor no había sido aleccionada para saber lo que sucedía entre un marido y su esposa. Se habría dado cuenta de que necesitaba que se la persuadiera y que se la acariciara para hacerla llegar a aceptar lo que iba a ocurrir antes de que él introdujera su miembro viril en sus aterciopeladas entrañas de manera tan poco ceremoniosa.

Si Stephen hubiera estado sobrio, se habría percatado de la resistencia que le oponía su virginal cuerpo.

Desgraciadamente, Stephen no estaba sobrio.

Al despertarse al día siguiente, sintiendo como si la cabeza hubiera sido golpeada con el extremo romo de un hacha. Se sintió de inmediato abatido por la insensatez

cometida a causa de la bebida. Se le encogió el corazón y sintió remordimientos cuando se incorporó para sostenerse sobre un codo y mirar hacia abajo, a su esposa, que todavía dormía atrapada bajo su peso. Los ojos de Elizabeth estaban hinchados y enrojecidos a causa de haber pasado la noche llorando, y los restos de su delicadamente cosido vestido estaban torcidos. Con sus prisas por poseerla, Stephen no había tenido siquiera tiempo de quitárselo y ahorrarle a la seda expertamente cosida el destrozo. Es innecesario decir que el vestido se había arruinado.

Le resultaba penoso constatar que se había desvanecido encima del pequeño y bien dibujado pecho de Elizabeth tras haber consumado. Si no hubiera sido por lo blando que era el grueso colchón de plumas, su musculoso cuerpo seguramente habría aplastado el pequeño y delicado cuerpo de Elizabeth. Cuando Stephen se hizo a un lado de la cama, la inequívoca señal de que había dormido con una virgen cubría sin pudor el vestido de Elizabeth y el cobertor de la cama, así como también parte del cuerpo de Stephen. Se lamentó, asqueado por sus propios actos.

Nunca antes se había comportado de un modo tan brutal con una mujer, ni siquiera con las putas con las que ocasionalmente se había acostado. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido para permitirse a sí mismo beber tanto? ¿Cómo podía haberse comportado como un animal, como un monstruo? ¿Qué es lo que tenía Elizabeth Nottingham que le provocaba actuar de una manera tan impropia de él?

A Stephen la experiencia con una mujer dispuesta a dejarse seducir le resultaba mucho más compatible con sus apetencias y, por lo tanto, nunca se había acostado con una virgen. Sin embargo, sabía que necesitaban ser tratadas de un modo mucho más diferente a como había tratado a su pobre joven esposa. Sus recuerdos de la lucha que habían mantenido durante el acto eran una confusa niebla. Por los moratones que presentaba su suave piel, sus ojos hinchados, el vestido roto, el cobertor de la cama manchado y los arañazos de su cuello, estaba seguro de haberla tratado más como a una puta que como a una recién casada. No, peor que a una puta. No la había arrullado ni la había persuadido para que se olvidara de sus temores. Incluso una puta habría merecido esa deferencia. La lujuria desbocada que a Stephen le resultó tan difícil de controlar pudo con él. El hecho de que fue desatada por un exceso de alcohol agravó la situación.

Avergonzado por su acto bárbaro, sopesaba qué hacer. Como estaba claro que ella no estaba de malas por la pérdida de un amante, solo podía asumir que su nueva esposa no lo encontraba suficientemente atractivo como para querer casarse con él. Por supuesto, hasta la noche anterior, apenas podía esperar que le gustase lo suficiente para ser amigos, por no hablar de que llegara a amarlo.

Resignándose a su autoimpuesto destino, Stephen decidió acostarse con ella hasta que se quedara embarazada. Luego la dejaría y le permitiría vivir como el resto de la

sociedad londinense parecía vivir. No deseaba forzar a una mujer que lo encontraba repulsivo más de lo que ya lo había hecho. Si no fuera por el hecho de que se esperaba que engendrara un heredero, se habría marchado y nunca más la hubiera vuelto a tocar.

Suspiró. Esa es la suerte de la aristocracia. Seguramente Elizabeth lo entendía. Podía no haber tenido una madre que la instruyera, pero había nacido y se había criado como una dama y algunas cosas eran por todos sabidas. Tendría que soportar acostarse con él hasta que se asegurara la continuidad del linaje de la familia y luego la liberaría. Ella podía quedarse en Londres y él alternaría viajes entre sus propiedades en Inglaterra, su plantación en Jamaica y su plantación en Georgia. Seguramente ella toleraría las escasas visitas que esta agenda le permitiría hacerle.

El único defecto del plan de Stephen, además del tortuoso hecho de que la amaba, era que el primer niño al que diera a luz Elizabeth fuera una niña. Si eso ocurría, tendría que quedarse en Inglaterra y acostarse con ella hasta que se presentara el heredero.

Se preocuparía de eso más tarde.

Stephen evitó a Elizabeth durante todo el día. Estaba demasiado avergonzado para mirarla, por no hablar de entablar conversación. Si cruzaban sus caminos y tenían que dirigirse al otro, hablaban lo indispensable.

Cuando llegó la noche y de nuevo entraron en sus aposentos, la encontró acurrucada en mitad de su cama con las sábanas opulentamente bordadas cubriendo su cuello. Su menuda y joven esposa parecía pequeña, inocente y asustada en un colchón que parecía lo suficientemente espacioso para que todos sus sirvientes durmieran sobre él.

Gimió por el remordimiento a causa de su propia estupidez. Si no se esperara de él que dejara embarazada a Elizabeth de inmediato por el bien de su padre enfermo, hubiera abandonado la habitación y le hubiera permitido que disfrutara de la paz que sus grandes ojos violetas tan claramente le imploraban. Si su padre no estuviera tan enfermo, podría haber aplazado todo y haberle dado tiempo para recuperarse del fiasco de su noche de bodas. De hecho, el también habría apreciado tener algo de tiempo para que se disiparan el recuerdo y la culpa por haberse dado a la bebida.

Stephen se esforzó por evitar la mirada acechante de Elizabeth mientras cruzaba la habitación y se servía una buena cantidad de brandy en una copa de cristal grabada de manera intrincada, de tallo recto y boca ancha.

Elizabeth no dejaba de mirarlo con sus ojos bien abiertos.

Se bebió el líquido ámbar tan rápido como pudo, se tomó otra y luego otra más. Una sensación de alivio recorrió su cuerpo casi en el mismo instante en que el calor del brandy llegó a su estómago. Su artificial poder se expandió

por sus venas proporcionándole el valor que necesitaba para enfrentarse finalmente a ella.

Mirando en dirección a Elizabeth, sirvió una pequeña cantidad del líquido en otra copa y caminó hacia la cama.

Arrastrarse tan lejos de su marido como le fuera posible al mismo tiempo mantener cubierto su esbelto cuerpo resultó imposible. El peso del cuerpo de Stephen al sentarse al borde de la cama la lanzó cerca de él, y las sábanas ya no la cubrieron igual que lo hicieran una vez. Se le escurrió el camisón exponiendo sus sedosos hombros mientras luchaba por recuperar la compostura.

Él, distraídamente recorrió su piel descubierta a lo largo de su clavícula con un dedo mientras le ofrecía el brandy. Sus pensamientos luchaban contra su lujuria anticipándose a lo que iba a ocurrir. Era tan adorable, tan delicada y hermosa. Su cuerpo reaccionaba por sí mismo. Se dijo que esta vez sería diferente. Había consumido solo el brandy suficiente para calmar su infantil nerviosismo, no lo suficiente para emborracharse. En aquel momento tenía todo bajo control y se movería lenta y sensualmente. La cortejaría y le mostraría cómo era ser amada por un hombre. Borraría el recuerdo de la pasada noche con sus besos y delicado tacto.

—Bebe esto. Te relajará —dijo suavemente Stephen.

—No quiero beber. —dijo Elizabeth chillando por la emoción.

Puede que no conociera bien a su marido, pero había conversado con él lo suficiente durante aquellos meses para saber que había detectado que hablaba ligeramente arrastrando las palabras y se preguntaba cuánto habría bebido antes de entrar en la habitación y vaciar casi la mitad del decantador de brandy delante de sus ojos. Era demasiado obvio que a Stephen le desagradaba acostarse con ella tanto como a ella acostarse con él.

—Esta noche lo harás. —Le ordenó Stephen con mucha más fuerza de la que pretendía.

Al ver los ojos de Elizabeth completamente abiertos de terror, suspiró profundamente. Aquello no iba bien. No tenía experiencia cortejando a una mujer reticente. Si al menos él le gustara un poco. Aquello sería mucho mejor... y más placentero. Quería irse y dejarla en paz. Estaba perdido en cuanto a qué hacer o cómo actuar.

Cogiendo aliento, continuó de una manera menos abrupta:

—Por favor, bebe esto. Te relajará solo un poco.

Elizabeth alzó su barbilla desafiante.

—No quiero...

—Bébelo —Dijo frustrado y controlando la voz que apenas sonó como un susurro.

A Stephen toda aquella situación le resultaba increíblemente frustrante. No estaba preparado para lidiar con una mujer que se le resistía de aquella manera noche tras noche. El hecho tan obvio de que a Elizabeth le

repulsara cuando él no quería más que yacer con ella por siempre, lo sorprendía, lo enfadaba y lo devastaba.

A Elizabeth le sorprendió que su reciente marido se mostrara repentinamente agresivo. ¿Con qué tipo de hombre se había casado? Su tío le aseguró que era un joven bien educado que provenía de una de las mejores familias. Podría ocuparse de ella y de sus hijos mejor que la mayoría de los maridos. Parecía tan tranquilo y, bueno... aburrido durante los breves instantes que compartieron juntos. Ciertamente se las arreglaba muy bien para embaucar a la gente escondiendo aquel lado horrendo de su naturaleza. Nadie podría adivinar aquella faceta de su persona cuando estaba fuera de casa. Nadie.

No era un secreto que Lord Stephen Carlson era el soltero más codiciado de la sociedad londinense. Más de una persona le había comentado en más de una ocasión la buena suerte que había tenido. Si supieran de su problema con la bebida, ¿lo tendrían en tan buena consideración?

¿Realmente había tenido buena suerte? Al recordar el asalto que infringió el embriagado Stephen sobre su tierna e inocente carne justo la noche anterior, y escuchando la manera agresiva en la que se había dirigido a ella justo en aquellos momentos, Elizabeth se cuestionaba lo afortunada que realmente había sido al casarse con el soltero más codiciado de la sociedad londinense.

Al haberlo visto beber más de lo recomendado en un corto periodo de tiempo en el transcurso de una noche,

decidió que había tenido la mala suerte de casarse con un borracho. Había oído hablar de aquello. Ahora, ¿la golpearía? Rogó porque aquello no sucediera hasta que ella y el doctor pudieran ejecutar su plan de fuga.

Pensando que era mejor no provocarlo, Elizabeth cogió la copa y se tragó el líquido ambarino de manera muy poco ceremoniosa. Muy raramente encontraba un motivo para beber brandy. En las pocas ocasiones en las que lo había encontrado, le resultó bastante repugnante y apenas dejaba que unas cuantas gotas tocaran sus labios. Además, no estaba preparada para su abrasadora acometida que provocó la contracción de su garganta. Retorciéndose por un ataque de tos, se esforzó por tomar aire.

Stephen la atrajo hacía sí y le dio unas palmaditas en la espalda intentando aliviar su malestar. El dulce aroma a lavanda que se entremezclaba con los gruesos rizos del brillante y espeso pelo negro de Elizabeth invadió sus fosas nasales, acentuó su embriaguez y estimuló su zona genital. Gimió desazonado mientras una lujuria desatada se apoderaba de él pidiéndole de manera inconfundible que la liberara. Era como una bestia salvaje que quería salir de su jaula.

Stephen hizo acopio de todas sus fuerzas para contener sus instintos, porque tenían que ser contenidos. No tenía intención de repetir los actos de la noche anterior. Aquella noche se movería lenta y delicadamente. Aunque su mujer no lo deseara, al menos podría disfrutar de la

experiencia. Había disfrutado de suficientes mujeres para saber que la mente no requería del amor para que el cuerpo disfrutara de sus placeres.

Dándose cuenta de las intenciones de su marido, Elizabeth apartó a Stephen con todas sus fuerzas mientras luchaba por liberarse. Al hacerlo, el lazo de su holgada camisa se desató y esta se escurrió de sus hombros dejando al descubierto un pecho pequeño perfectamente formado. ¿Estaba torturándolo adrede aquella diosa en apariencia inocente?

—Por favor. Esta noche no. Estoy... dolorida —Elizabeth se lamentó frustrada.

Aunque no quería enfadarlo, menos aún quería repetir la pesadilla de la noche anterior.

—Lo siento, querida, no conozco forma de evitar el dolor. Te aseguro que no sentirás esta noche el mismo dolor que la noche anterior, si es que llega a dolerte. —Stephen apartó la mirada y suspiró— Si me hubiera percatado, hubiera hecho las cosas de otro modo.

—¿Percatado? —Elizabeth no tenía idea de a qué se refería.

—No importa. —Sonrió Stephen— Ahora, quítate el camisón.

Elizabeth se quedó petrificada. ¿Hablaban en serio? ¿Esperaba realmente que se quitara la ropa como una mujer descarriada? Seguramente estaba de broma.

—¿Te lo quito yo? —le preguntó Stephen amablemente.

Cuando Stephen se disponía a hacerlo, Elizabeth se arrastró rápidamente al otro lado de la cama. No tenía intención de desnudarse para aquella bestia humana. Ni ahora, ni nunca. Tomó una repentina decisión y ya no le preocupó más enfadarlo. Dejaría que la golpeará hasta que su cuerpo estuviera cubierto de moratones. Seguramente el dolor sería más fácil de soportar que repetir lo de la noche anterior.

Stephen cogió el borde de su camisón y tiró de él intentando dominarla. No quería otra cosa que hacer que aquella noche se convirtiera en una experiencia placentera para la joven y exótica belleza que tenía ante sí, pero la repulsión que ella sentía por él no le ponía las cosas fáciles. Nunca había tenido que forzar a una mujer a acostarse con él. La experiencia le resultaba humillante. Estaba totalmente perdido en lo que concernía a lo que tenía que decir o hacer.

—Tenemos que concebir un heredero —bramó Stephen presa de la frustración. Quizás si le explicaba la situación, Elizabeth se calmaría—. Luego, querida esposa, te dejaré en paz.

Elizabeth paró en seco. ¿Qué era lo que había detectado en el tono de voz de su marido? ¿Podía ser que su marido encontrara la situación igual de desagradable que ella? No había considerado el hecho de que quizás Lord Stephen Carlson se hubiera casado con ella para tranquilizar a su padre y no porque la deseara. No se le había ocurrido que quizás había sido forzado a casarse con ella, igual que

ella había sido forzada a casarse con él. ¿Era por ese motivo por lo que se emborrachó la noche de su boda? ¿Tan poco deseable la encontraba?

Al no tener madre en la que confiarse ni amigas casadas, Elizabeth no estaba segura de qué es lo que realmente sucedía entre una esposa y un marido. Había dado por sentado que lo que había experimentado la noche anterior era la manera de proceder normal. Siendo así, no ansiaba repetirlo. ¿Podía ser que él tampoco estuviera dispuesto? ¿Le había causado dolor igual que él a ella? No sabía aquellas cosas y tampoco tenía a nadie a quien preguntárselas. Y no iba a preguntárselas a él.

El pensamiento de que los dos habían sido emparejados contra su voluntad, nunca se le había pasado por la cabeza. Hasta ahora.

Percatándose de que su mujer estaba sumida en sus pensamientos, Stephen aprovechó aquel momento en que había bajado la guardia y la cogió por los hombros. Su gran y curtida mano, aunque bien cuidada, apenas llegó a asir su camisón antes de que Elizabeth se apartara dándose la vuelta y dejándolo a él con parte de la prenda en su puño. Al zafarse de él, los delicados adornos de su ligero atuendo se desprendieron de sus minuciosas costuras. Stephen hizo una mueca. No era su intención arruinar otro camisón. ¿Qué pensaría el servicio? Si continuaba así, no tendría que preocuparse por cómo quitarle el camisón a aquella criatura arrebatadora, ya que no tendría nada más que ponerse.

Al debatirse por liberarse del férreo puño de Stephen, Elizabeth había provocado involuntariamente que este se excitara de una manera a la que ya no podía negarse. Con una gran cantidad de brandy corriendo por sus venas, había perdido toda sensatez y precaución y su cuerpo había tomado en control de su propia voluntad. Ignoraba cualquier cosa que su mente pudiera considerar capaz de detenerlo en su intento de satisfacer sus necesidades y deseos.

Le ardían los labios contra la piel de Elizabeth mientras exploraba sin ningún reparo sus tesoros femeninos. En segundos recuperó el control de sus sentidos y sus artes amorosas cambiaron de las de un animal enardecido a las suaves y sensuales caricias del amante más experto.

Stephen había dicho la verdad. La experiencia no fue tan dolorosa para Elizabeth como la de la noche anterior. De hecho, sus tiernas atenciones eran tan placenteras que estaba segura de que en cualquier momento iba a abandonarse al éxtasis. Su mente se tambaleaba confusa. ¿Se suponía que tenía que disfrutar de ese modo? ¿Se esperaba de ella que reaccionara o simplemente tenía que permitirle a él que disfrutara como una mujer obediente? No tenía ni idea.

Aunque Madeleine resultaba mucho más que eficiente en lo que se refería a su educación o a la forma de proceder en sociedad, las obligaciones de un ama de casa y los asuntos del mundo, nunca había mantenido una

conversación de mujer a mujer con Elizabeth acerca de lo que sucedía entre los maridos y sus esposas detrás de una puerta cerrada. El tema parecía ser prácticamente tabú. Si alguna vez se trató, se hizo en un susurro dejado escapar desde detrás de la mano que tapaba su boca. Elizabeth lo atribuía al hecho de que Madeleine nunca jamás había tenido un pretendiente al que besar y menos aún un hombre con el que casarse.

Acostumbrada a estar en guardia para no disgustar al hombre de la casa, Elizabeth decidió que era mejor permanecer lo más quieta posible mientras su marido disfrutaba. Contuvo el aliento y cerró los ojos tan fuerte como pudo y empleó todas las fuerzas que pudo reunir para mantener la compostura. Requirió de todas ellas para contener los gemidos de placer que amenazaban con escaparse de su garganta. No quería hacerlo enfadar con los egoístas movimientos y chillidos que le provocaba aquella experiencia absolutamente increíble.

Pensar que tenía que permanecer estoica e inmóvil por el resto de su vida mientras soportaba placeres tan agradables era demoledoramente triste. ¿Era aquel su destino? ¿Cómo lo hacían las mujeres de todo el mundo? Mujeres que gozaban de toda su humilde admiración, porque no pensaba que pudiera soportar aquello noche tras noche. No le sorprendía que tantas mujeres alentarán a sus maridos a tomar una amante. Estar sola en la cama sería un castigo menor comparado con la tortura de tener que

reprimir una de las sensaciones más placenteras que puede experimentar el cuerpo.

Elizabeth hizo todo lo que pudo para apartar sus pensamientos de los placeres de la carne esperando que esto le ayudara a mantener su calmada actitud ante la excitante pericia de Stephen. Al hacerlo, se descubrió recordando la risa y la agradable conversación que se daba entre los dos durante los muchos acontecimientos sociales a los que asistieron simultáneamente. Recordó lo guapo que lucía cuando salió a la pista en el baile ofrecido por Lord Milo. Su profunda risa gutural hizo que unos escalofríos de placer subieran por sus brazos y descendieran por su columna vertebral en el picnic de los Andersen. Recordó cómo se agitaban sus musculosos muslos cuando manejaba a su semental cerca de su carruaje mientras se hallaban de excursión en el parque. Era un hombre guapo y viril que cualquier mujer se mostraría encantada de proclamar como suyo. Sin embargo era suyo. Era suyo y estaba allí haciéndole las cosas más maravillosas a su cuerpo mientras le susurraba al oído los más maravillosos sentimientos. Lo amaba por ello. Lo amaba por todo. Dios mío, lo amaba.

El éxtasis experimentado al darse cuenta de sus verdaderos sentimientos por Lord Stephen Carlson chocaba con la certeza de que se había casado con ella por obligación y nada más. Estaba completamente devastada. Amaba a un hombre que no la amaba. Sí, le expresaba su devoción sumido de pleno en el acto, pero seguramente solo eran

simples palabras pronunciadas en un momento de pasión. No había mencionado el amor aparte de lo referente al acto del apareamiento. Había dejado perfectamente claro que una vez que le diera un hijo, no tendrían nada que ver el uno con el otro. ¿Qué broma del destino? ¿Cómo podía ser Dios tan cruel? Había sido una obediente pupila de su tío y una señorita modelo para la sociedad. Había aceptado su situación después de la muerte de sus padres con gracia y dignidad. Todo lo que deseaba a cambio era una cosa, una única cosa... ser amada. Ahora, sus sueños de felicidad se veían truncados. Se había casado con un hombre que no la correspondía. No era tonta. Había escuchado suficientes conversaciones para entender que los hombres disfrutaban de las mujeres sin amarlas. Eso era seguramente lo que tenía que estar ocurriendo ahora. ¿Era imposible que él no estuviera disfrutando de las sensaciones de su unión? ¿O no lo era? Verdaderamente parecía estar disfrutando.

La situación era demasiado triste. Gracias a Dios, sus planes para escapar con el Dr. Jameson estaban todavía en marcha. ¿El doctor le enviaría pronto el mensaje de que todo estaba en orden? Rogaba fervientemente porque fuera así.

Sentir el cuerpo inmóvil de Elizabeth bajo el suyo, frustraba a Stephen aún más. Tras su inicial y lujuriosa embestida, recuperó sus sentidos y se esforzó por mostrar tanta ternura y consideración como podía. Era difícil estar seguro. La belleza y el atractivo de la mujer era de tal envergadura que volvería loco al mejor de los hombres. No se

podía ser demasiado severo con él por su ocasional pérdida de control.

Se incorporó ligeramente y miró el liviano cuerpo de Elizabeth que yacía mirando a cualquier parte menos a él. Parecía tan pequeña y vulnerable. Sus ojos estaban secos, pero llenos de lo que parecía pena. La sintió absorta en sus pensamientos. ¿Deseaba estar en otra parte? ¿Tan desagradable le resultaba estar con él? ¿Sentía tanta repulsa por él que no podía permitir que su cuerpo se relajara y disfrutara de su pericia amorosa? Nunca había fracasado en llevar a una mujer al culmen de la pasión, sin embargo, parecía que ahora sí lo había hecho... y con su propia esposa.

Stephen rogó porque Elizabeth concibiera un heredero pronto para no tener que forzarla más. Aun siendo lo bella que era, la situación le resultaba repugnante. Había muchas mujeres allá donde fuera que estarían dispuestas a arrojarse sobre él solo por meterse en su cama una noche. No tenía necesidad, ni tampoco deseaba, tener que acudir a una mujer que retrocedía y permanecía quieta como un tronco bajo él, aun cuando le había robado el corazón y pensaba que era la criatura más hermosa que había conocido.

Habiendo sido convocado por su padre para que le ayudara con los asuntos de la hacienda después de pasar solo unas cuantas semanas con su fría esposa, Stephen esperaba estar ausente durante quince días. Aunque sentía remordimientos por dejar a su joven esposa tan pronto sin

haber podido eliminar la fría barrera que se alzaba entre ellos, no podía hacer otra cosa. Su fortuna, y la herencia de su futuro heredero, requerían de su atención inmediata.

Preguntó a la doncella seleccionada de entre sus empleados por Elizabeth después de haber despedido a Madeleine Hardy por su traición, al menos así es como Elizabeth lo veía, por el ciclo menstrual de su ama y supo que esperaba que pronto le llegara el periodo. Le hubiera gustado haber continuado yaciendo con ella por la noche durante al menos otra semana para aumentar la posibilidad de engendrar un heredero además de romper aquella coraza de resistencia y hacerla caer en la cuenta, comprender, aceptar y responder a su amor. Desafortunadamente, no había nada que hacer al respecto. Si fracasaba en su intento de engendrarle un hijo, simplemente tendría que empezar de nuevo cuando regresara. Al menos, le proporcionaría la gran oportunidad de ganársela, por no mencionar un tiempo adicional para hacerle el amor.

Las obligaciones en la hacienda de su padre requirieron sorprendentemente de mucho menos tiempo de lo que Stephen había previsto y se encontró regresando a casa después de tan solo unos cuantos días de ausencia. Aquellos pocos días bastaron para que su reticente esposa se escabullera por la noche y desapareciera. Nunca hubiera pensado que su socialmente impecable Elizabeth fuera capaz de hacer una cosa así. ¿La idea de ser su esposa era tan vergonzosa?

Inicialmente participó del pánico generalizado de la casa que especulaba con lo que podía haber sido de su joven ama, pero después de preguntarle a Lord Roberts sobre la posibilidad de que él supiera algo del paradero de su sobrina y descubrir que desbaratar su plan inicial de escapar era el motivo que subyacía a su precipitado matrimonio, pronto se percató de que la insistencia del conde por adelantar el matrimonio no había dado al traste al fin con los planes de su testaruda sobrina. Su esposa no había sido secuestrada o estaba retenida contra su voluntad. Estaba claro que su hermosa y reticente mujer se había fugado.

Furioso con el proceder deshonesto del conde, Stephen le pidió que guardara silencio acerca de lo que había sucedido. Estaba seguro de que el orgullo del hombre aseguraría que así lo hiciera. Después de todo, todavía estaba sufriendo, en su mente, si no era en otra parte, la vergüenza de los actos cometidos por su hermana tantos años atrás. Luego Stephen se inventó una excusa para el resto del mundo. Dijo que su mujer deseaba pasar tiempo alejada de la ciudad, así que se había instalado en una pequeña casita que poseía su familia en el campo y permanecería allí hasta que estuviera preparada para continuar con su luna de miel en el extranjero.

La gente sonreía y asentía con la cabeza mostrando que coincidían en creer que Lady Elizabeth había sido muy afortunada por haberse asegurado un marido tan atento.

Pocos maridos concederían a sus esposas todos sus deseos como Lord Carlson hacía, aunque estuvieran recién casados.

Afortunadamente para Stephen, su familia pertenecía a la sociedad londinense hacía mucho tiempo y tenía férreas conexiones en zonas de gran influencia. Bastaron unos cuantos días para seguir los pasos de Elizabeth hasta la puerta del hogar del Dr. Jameson. Después de una larga, acalorada y difícil conversación con John Jameson, Stephen tuvo conocimiento del plan del doctor de hacerse pasar por el tutor de Elizabeth a cambio de que ella financiara el viaje a las colonias independizadas.

John le explicó a Stephen que él era el hermano mayor y que el doctor vivía gracias a su buena voluntad. Por este motivo, el doctor convenció a Elizabeth para que utilizara el dinero que había heredado para financiar su viaje. Sabiendo lo inocente que era Elizabeth en lo que se refería a los asuntos mundanos, Stephen imaginó que aquello no había sido una tarea demasiado difícil. De alguna manera, el miserable manipulador también se las había arreglado para solicitar a su otro hermano, que era abogado y administrador de la herencia de Elizabeth, que les entregara una considerable cantidad de dinero. A Stephen no le importaba que John no se hallara cómodo con la idea y que actuara prácticamente en contra de su voluntad. Responsabilizaba a toda la familia.

La preocupación principal de Stephen era encontrar a su díscola esposa y hacerla regresar a su hogar. Una vez

hubiera conseguido eso, se ocuparía de aquella familia de sinvergüenzas.

TRES

Elizabeth se apoyó contra la barandilla de la cubierta del insoportablemente abarrotado barco y se cubrió mejor la cara con la enorme capucha de su grueso abrigo rojo forrado de lana de cordero. Su suavidad le proporcionaba cierto confort a su pobre y dolorida cabeza que parecía haber sido golpeada por un objeto contundente. A su estómago no le iba mejor. Sentía unos increíbles retorcijones a causa de las incesantes sacudidas del inclemente mar por lo que era imposible mantener algo dentro de él. De hecho, había vomitado tanto que temía que el revestimiento de su estómago fuera lo próximo que expulsara. En ocasiones, cuando se apoyaba contra la barandilla y en silencio les pedía clemencia a las aguas, estaba segura que las oía reírse perversamente de su sufrimiento.

No queriendo levantar sospechas, el doctor había comprado dos billetes para el viaje como tío y sobrina. Al darse cuenta de que Elizabeth tendría que salir de su casa sin equipaje, había encargado que le confeccionaran un nuevo vestuario y artículos de tocador que estuvieran listos para el viaje. Aunque el estilo de la ropa era ligeramente más corriente comparado con los vestidos que colgaban en su armario, su atuendo estaba confeccionado con los satenes, las sedas, lanas, terciopelos y brocados más exquisitos que se pudieran encontrar, y le sentaban excepcionalmente bien. Elizabeth sentía que había sacrificado poco, por lo que le estaba muy agradecida a Dios.

El Dr. Jameson mantenía su identidad de aristócrata convertido en médico, y le había explicado a Elizabeth la importancia de sentar las bases de su relación con la buena gente del nuevo mundo de forma inmediata. Como el abarrotado barco llevaba a todos sus pasajeros allí, técnicamente ya estaban en compañía de sus nuevos vecinos. Sin embargo, Elizabeth se empezó a cuestionar si habían sido sensatos al emprender aquel viaje, ya que los que los acompañaban en su periplo parecían una panda de indeseables.

Elizabeth se guardó sus pensamientos y sentimientos para sí misma y se concentró en la libertad que le esperaba en su nueva vida y en lo mucho que apreciaba al que una vez hubiera sido buen amigo y compañero de trabajo de su padre y que ahora era su tutor. Le parecía una bendición estar viajando con un doctor. Era cómodo poder solicitar sus atenciones debido a su ingobernable estómago e igualmente lamentable cabeza.

Aun con la vívida imaginación que poseía Elizabeth, nunca se hubiera imaginado lo largo y extenuante que sería el viaje. Por razones que no podía explicarse, el barco navegaba rumbo sur y se paró en varios puertos a lo largo de la línea de la costa antes de ingresar en mar abierto. Por ese motivo, su viaje se prolongó durante una insoportable agonía de dos meses y medio en lugar de durar las seis semanas que estaban inicialmente previstas. Le participó su preocupación al buen doctor en varias ocasiones y siempre

recibió la misma palmadita en su mano y la misma señal de asentimiento con la cabeza por su parte, sin apenas una explicación. Dedujo, por tanto, que sabía igual de poco del asunto que ella.

Se rumoreaba que el barco transportaba un pequeño grupo de esclavos africanos, pero Elizabeth no había visto rastro de ellos. Por lo tanto, lo consideró un rumor.

Cuando finalmente se corrió la voz de que se había avistado tierra, saltó y aplaudió eufóricamente de una manera infantil. Había soportado todo lo que podía a sus compañeras de viaje. El incesante olor a cuerpos sucios y la charla inapropiada que era lugar común entre ellas, junto con la constante tortura de su estómago puesto a prueba por los vaivenes del navío, le tenían destrozados los nervios y su cuerpo estaba exhausto. Si no hallaba pronto alivio, seguramente se volvería loca o al menos no le quedaría nada más que vomitar.

Aunque le iba mucho mejor que a Elizabeth, Sally también estaba igual de feliz de oír que pronto pisarían tierra firme. Nunca había ejercido de doncella. Tener que atender a una aristócrata que no paraba de vomitar era un comienzo complicado. Lo que lo empeoraba era que también había pasado unos días mareada antes de acostumbrarse al mar. Sus obligaciones eran las de una criada porque no tenía edad de trabajar. Elizabeth se presentó en la residencia Jameson sola, tuvo que suplirse la falta de una doncella antes de poder emprender el viaje.

Fue John quien sugirió que Sally los acompañara y atendiera las necesidades de Elizabeth. Como las dos mujeres tenían casi la misma edad, le pareció que Sally podría también servirle de compañía a la nueva pupila de su hermano. El tío de Elizabeth le inculcó la creencia de que la familiaridad genera menosprecio y, por tanto, nunca debía entablar amistad con un miembro del servicio. Decidió que, como estaba empezando una nueva vida, quizás debería comenzarla de una nueva forma. Así que, no menciono que no le parecía adecuado que una criada se convirtiera en doncella y actuara como su compañera de viaje.

Sally nunca había estado en un barco y la idea no le resultaba fascinante. Tampoco estaba segura de dejar su país natal por las colonias, de todos conocidas por ser primitivas y bárbaras. Después de todo, no hacía mucho que las colonias habían estado en guerra con Inglaterra por su libertad. ¿Se hallarían realmente receptivos a la llegada de más súbditos fieles a la corona? La promesa de ser ascendida a doncella y el salario que la acompañaba, por no mencionar no tener que volver a fregar ningún suelo más, fue lo que la hizo superar sus miedos y acceder a unirse a su plan.

Chica atractiva de origen humilde, Sally poseía una inteligencia muy superior a la de otros miembros de su clase y crianza. No tardó en comprender lo que se esperaba de ella y cumplir con sus obligaciones hasta tal punto que, incluso

a ella misma, le resultaba difícil recordar que había sido solo una criada no hacía mucho tiempo.

—¿Está bien, Lady Elizabeth? —preguntó el andrajoso capitán mientras se colocaba al lado de Elizabeth y miraba las brillantes aguas azules bañadas por el sol—. Creo que se ha sentido mal la mayor parte del viaje.

—Sí capitán. Siento decir que así ha sido —respondió Elizabeth educadamente.

Elizabeth deslizó su mano sobre su suave estómago distraídamente. Era plenamente consciente de lo inapropiado de la cercanía del capitán, igual que lo era de la forma descarada en que sus ojos habían seguido su mano mientras la pasaba por su estómago. Si la cubierta hubiera estado menos abarrotada, se hubiera cuestionado aquella incorrección. Aunque no conocía bien las costumbres del mar, en la sociedad inglesa tales acciones eran consideradas una descarada muestra de falta de respeto para con una señorita de su talla. Pero, por lo que concernía al capitán, no era la esposa de un futuro duque. Era la sobrina y pupila de un caballero convertido en médico. Aun así, en circunstancias normales, aquella proximidad entre dos extraños no sería aceptable; sin importar el estrato social al que se perteneciera. Sin embargo, aquellas eran todo menos circunstancias normales.

—Estaba buscando la tierra. Dicen que está cerca, Capitán Kline —dijo esforzándose por aliviar la incómoda

sensación que la embargaba—. No puedo verla. ¿Escuché bien?

Elizabeth contuvo el aliento mientras esperaba su respuesta. Oh, por favor, que la tierra esté cerca.

—Escuchó bien, señorita. Arribaremos a la costa muy pronto. —El capitán se rió.

—Eso es maravilloso —dijo Elizabeth obviamente aliviada—. Me pregunto por qué no veo nada —añadió en voz baja mientras estiraba la cabeza para mirar mejor sobre las aguas.

Solo vio una oscura masa a lo lejos que parecía algo formidable, como si fuera a engullirlos cuando finalmente se acercaran a ella.

—¿Ve esa oscura masa allá a lo lejos? —El capitán señaló en la misma dirección en la que estaba mirando Elizabeth— Esa es la tierra a la que nos dirigimos. No parece mucho ahora. Pero a medida que nos aproximemos podrá distinguir un par de cosas.

—Dios mío, los hombres tenéis buena vista para alcanzar a ver una cosa tan lejana antes de que sea lo suficientemente grande para verla —exclamó.

Elizabeth estaba sorprendida. Había escudriñado las aguas desde todos los ángulos posibles durante la mayor parte de la mañana para ver algo que se pareciera a la tierra. Solo había aparecido instantes antes de que el capitán se uniera a ella. Sin embargo, la tripulación lo había anunciado con la primera luz del día.

—Ah, señorita, tenemos equipamiento especial que nos ayuda con la navegación y la búsqueda. Venga... permítame que se lo muestre —el capitán dijo esto con una sonrisa cálida y amistosa.

Si Elizabeth hubiera sido más avispada en lo que se refiere a las costumbres mundanas, se habría dado cuenta de que la sonrisa del capitán era demasiado cálida y amistosa.

Aunque les había desconcertado su primer encuentro con el capitán a causa de sus turbias miradas y sus modos poco refinados, el doctor y Elizabeth estuvieron incluidos entre los invitados de honor a su mesa durante todo el viaje. El doctor desarrolló afición por su compañía a pesar de su evidente falta de corrección y su apariencia andrajosa. Si su tutor confiaba en el capitán, ella también lo haría.

Sintiéndose cómoda y segura en su presencia, Elizabeth colocó su mano en el brazo que le ofrecía él y le permitió escoltarla atravesando la desgastada cubierta. Avanzaron entre la marea de pasajeros y ascendieron a la cubierta del capitán, justo hasta su camarote. El aromático olor del cuero y la madera salpicado por el aire salado del mar era denso cuando entraron en la pequeña habitación que albergaba el timón del barco. La recibió su rico y exótico aroma después de haberse movido entre una masa de cuerpos carentes de perfume e imperiosamente necesitados de un baño.

Un segundo de a bordo de apariencia algo desagradable agarraba meticulosamente un timón colosal mientras dirigía el barco paulatinamente a su destino. Aunque pulido y bien cuidado, el grueso timón mostraba signos de desgaste a causa de los cuantiosos años de servicios prestados al capitán y a su tripulación.

—Por aquí, señorita —le susurró el capitán mientras apremiaba a Elizabeth para que se acercara al gran telescopio que estaba posicionado sobre un sólido soporte. Acarició el pulido tubo de latón tiernamente—. ¿Está familiarizada con los telescopios, señorita?

—Vaya, no capitán. He oído hablar de ellos, pero no había tenido la oportunidad de observar ninguno —respondió Elizabeth con creciente curiosidad.

—Bueno, ahora la tiene. Acérquese y eche un vistazo. —La voz del capitán sonó lasciva cuando le indicó a Elizabeth que se acercara— Eche un vistazo por aquí y dígame lo que ve.

Elizabeth se rió dichosa mientras avanzaba hacia el telescopio. Olvidando toda pompa y parafernalia, exclamó asombrada mientras observaba a través del telescopio la irregular masa de tierra que parecía tan lejana a simple vista y, sin embargo, tan cercana a través de aquella lente. No solo la podía ver con claridad, sino que fácilmente podía capturar el ajetreo de la gente sumida en las tareas portuarias.

Elizabeth estaba tan absorta en su recién adquirida habilidad para ver a la gente mucho antes de que esta fuera

consciente de su presencia, que no se percató del intercambio de miradas y gestos de connivencia entre el capitán y su segundo de a bordo. Tampoco se percató de sus circunstancias cuando el segundo de abordó aseguró el timón y los dejó solos.

Al oír al capitán aclararse la voz de una manera exagerada, Elizabeth apartó la cabeza del telescopio y se giró. Se encontró al hombre sorprendentemente cerca, dificultándole la labor de girarse sin aplastar su cuerpo contra el de él. El ligero y desagradable olor de su cuerpo desaseado mezclado con la pestilencia de su colonia barata asaltó sus sentidos. Podía sentir sus duros músculos rozarla mientras se veía obligada a mirarlo de frente.

Echando una rápida ojeada a su alrededor, no vio rastro del segundo de a bordo. Alarmada, lo empujó presionando las palmas de sus manos en su pecho intentando alejarlo lo suficiente para poder pasar. Todas sus fuerzas no fueron suficientes para moverlo ni una fracción de pulgada. Él se rió ante el intento fallido de su cautiva por liberarse antes de apretar sus labios contra los suyos.

El mundo giró sin control mientras Elizabeth intentaba luchar contra el agresivo ataque del capitán. ¿Qué estaba sucediendo? Tenía que haber sabido lo que se hacía y no haber permitido ser escoltada a uno de los lugares más solitarios y restringidos del barco. El único lugar más solitario habría sido el camarote del capitán, que se hallaba justo debajo. Tenía toda la culpa de lo que estaba

sucediendo en ese momento. ¡Podría haberse dado de bofetadas a sí misma!

Se suponía que Elizabeth estaba echando una siesta. El Dr. Jameson temía por su seguridad en un barco que estaba plagado de gente corriente que viajaba al nuevo mundo con la esperanza de escapar de Dios sabe qué. La constante vigilancia a la que la sometían él y Sally resultaba asfixiante. Para tener un pequeño respiro, Elizabeth pidió poder echarse una siesta. Como no le acudía el sueño, decidió tomar el aire.

Sus acompañantes no la buscarían al menos transcurrida una hora más, si no más tarde. Aunque la estuvieran buscando, ¿pensarían en mirar en aquel lugar? Sinceramente lo dudaba. Qué estupidez había sido alejarse de sus protectores y creer que no le pasaría nada en un barco como aquel. Habría esperado un asalto de aquella naturaleza más por parte de uno de los miembros de aspecto sospechoso de la tripulación o incluso de algún indeseable pasajero que por parte del capitán del navío. ¿Dónde había dejado su honor? ¿Y su integridad?

Se maldecía a sí misma por llevar puesto aquella vestimenta. La ausencia de miriñaque le facilitaba el acceso a las ásperas y cuarteadas manos del capitán, que vagaban a su voluntad. El polisón que irrumpió en el mundo de la moda y se hizo muy popular, había sido reemplazado ahora por vestidos de talle alto mucho más simples que flotaban y envolvían el cuerpo de la mujer de manera similar a los de

las diosas griegas. Sally le desabrochó el corsé preparándola para su siesta inventada. Una vez que su doncella abandonó el camarote, fue imposible volvérselo a ajustar. Complacida porque sus pechos fueran de un tamaño y estructura manejable sin corsé, eligió un vestido de lana de cordero gris y una capa a juego forrada de satén verde para esconder su indecoroso y liberado pecho. Siempre y cuando nadie la tocara, la ausencia de un corsé debidamente ajustado, pasaría desapercibida.

Desafortunadamente, alguien la estaba tocando, y de una manera en la que solo un marido debía hacerlo. Se veía incapaz de hacer nada al respecto.

Se sentía débil ante la conmoción de aquel inesperado giro de los acontecimientos, al mismo tiempo que exhausta por los meses pasados vomitando a diario. Aun ejerciendo toda la fuerza que poseía contra el asalto inesperado efectuado sobre su persona, al poco tiempo Elizabeth se sintió superada por todo. Incapaz de afrontar la sucesión de acontecimientos, se desmayó.

Aprovechando la oportunidad, el capitán cogió su diminuto y ligero cuerpo en brazos y se dirigió apresuradamente a un lugar más solitario por medio de una escalera apartada que conducía a su camarote. El fornido hombre lanzó el cuerpo de Elizabeth sobre su húmeda y fría cama. Aun hallándose confusa, sus sentidos estaban alerta al moho que se había instalado en el grueso colchón relleno de crines y algodón. Era obvio que el capitán hacía tiempo

que no había aireado y soleado su lecho para protegerlo de la constante humedad del mar, si es que lo había hecho alguna vez.

El capitán carecía de escrúpulos como para no violar a una mujer que no estaba completamente consciente y se ocupó de lo que tenía entre manos. Dándose cuenta de lo que sucedía a través de la niebla que cubría su realidad, Elizabeth hizo acopio de la débil fuerza que le quedaba y se puso a dar patadas violentamente.

En lugar de detener a su asaltante, aquello solo sirvió para incrementar al máximo las viles intenciones del capitán. No importaba lo mucho que Elizabeth intentara evitarlo, lo inevitable estaba a punto de ocurrir. Iba a ser violada por el capitán en el mismo barco que se suponía iba a proporcionarle la oportunidad de comenzar una nueva vida de libertad y seguridad.

El ruido de la tela rasgándose reverberó mientras sentía como le quitaba el corpiño haciendo fácilmente accesibles sus pechos. En segundos, los labios ardientes del capitán rodearon su suave, rosada y puntiaguda carne. No estaba segura de lo que le dolía más, la aspereza de su descuidado, punzante y abundante pelo facial o la intensidad con que chupaba. Tiró de sus rizos grasientos y gruesos con toda su fuerza, esperando disipar su entusiasmo y hacerlo entrar en razón.

—¡Capitán, por favor! —fue todo lo que pudo dejar salir de sus labios antes de que su boca repugnante la asfixiara

obligando a que el resto de la frase se quedará detenida en su garganta.

El aire frío y húmedo asaltó su piel mientras las manos callosas del capitán le levantaban la falda permitiéndole acceder a su zona más privada. La mente de Elizabeth daba vueltas sopesando qué hacer. Era una pesadilla de la peor clase. No podía estarle pasando a ella. En cualquier momento se despertaría de la siesta que se suponía que estaba haciendo y se daría cuenta de que todo aquello había sido una pesadilla inspirada por el lamentable estado de su estómago.

Cuando los labios del capitán finalmente liberaron los magullados suyos, todo lo que pudo hacer fue jadear para tomar aire. Antes de poder estabilizar su respiración, el cuerpo del capitán cayó sobre su menudo cuerpo aplastándola. El doloroso impacto de su miembro viril al ser introducido sin contemplaciones en sus aterciopeladas y desprevenidas profundidades confirmó que no estaba soñando. Aquella pesadilla era real.

El olor de la piel sudorosa y sucia del capitán apenas se veía enmascarado por su fuerte colonia. El suave estómago de Elizabeth sufrió una sacudida y se desbordó en protesta. No podía imaginar que aún le quedara algo por arrojar, pero la necesidad de hacerlo persistió. Su boca ardía a causa del desagradable poso de tabaco que el capitán le había dejado cuando había introducido a la fuerza su lengua a través de sus dientes apretados. Su estómago gemía y se

estremecía con los movimientos del cuerpo del capitán que continuaba asaltándola buscando su propio placer.

Elizabeth se dio cuenta de que la batalla estaba perdida y se resignó a yacer inmóvil bajo él mientras rogaba que terminara rápido. Como no encontraba en absoluto placer en lo que estaba ocurriendo, permanecer rígida como una tabla era increíblemente fácil. Concentró sus pensamientos en otras cosas para evadirse de la realidad de aquella pesadilla. La bilis ascendió por su garganta a causa del resabio de los repulsivos besos del capitán. Recordaba lo fresco y limpio que olía Stephen cuando acudía a ella por las noches. Sus besos eran dulces, como el brandy que bebía antes de aproximarse a ella. Sus manos fuertes parecían curtidas, pero en realidad eran suaves y bien cuidadas. Ciertamente no eran la clase de manos que laceran la carne con sus múltiples y ásperos callos. Su rostro, oh, su rostro tan hermoso, aunque bronceado y curtido por el sol, estaba bien afeitado y se sentía suave contra su piel. Sus sentidos se agudizaban cuando estaba con Stephen. Su piel era tan diferente a la de quien la asaltaba ahora. Sentía efectivamente que le lijaba la piel, poco a poco.

Aunque solo había estado con un hombre, el repentino gemido del capitán cuando su cuerpo se desplomó sobre el suyo no sonó como el de un hombre al alcanzar el clímax. Este hecho se confirmó cuando sintió el calor de su sangre gotear sobre su pecho desnudo. El fluido pegajoso era aún incluso más nauseabundo que su repulsivo olor y sus

horribles actos. Los gritos de Elizabeth fueron sofocados por el inconmensurable peso del capitán.

Haciendo acopio de todas las fuerzas que poseía, Elizabeth colocó sus manos contra el pecho del capitán y levantó su peso muerto. Los ojos asombrados del capitán la miraron fijamente. De alguna manera se las arregló para elevar su cuerpo unos cuantos centímetros por encima del suyo para poder hacerse una mejor idea de lo que estaba ocurriendo. Ver el charco de sangre que se transfería de la espalda del capitán a su pecho hizo que casi enloqueciera de terror. También le dio las fuerzas que necesitaba para propinarle un poderoso empujón y alzar el cuerpo del capitán y poder liberarse de su opresivo peso. Los continuos gritos desgarradores que en lo más recóndito de su mente sabía que provenían de sus propios labios, solo contribuían a agravar la situación. Se sentó jadeando y se esforzó por acallar sus gritos y controlar su respiración.

Miró a su alrededor, y se quedó estupefacta ante lo que veía. Allí, quieta como una estatua, estaba Sally. Elizabeth se quedó horrorizada al bajar la vista del rostro pálido de Sally hasta el cuchillo ensangrentado que todavía empuñaba.

—¿Qué has hecho? —Elizabeth emitió un grito ahogado mientras se apartaba del cuerpo inmóvil del capitán todo lo que podía—. Sally, ¿qué has hecho?

—Él estaba... Él... —tartamudeó Sally.

La joven doncella estaba petrificada por la impresión de sus propios actos.

Al escuchar el ruido de unas botas ascendiendo en su dirección, Elizabeth se esforzó por limpiar la sangre del capitán de su pecho con un trozo de sus repugnantes sábanas y se volvió a colocar la ropa lo mejor que pudo.

—¡Ayúdame... corre! —pidió.

El tono de voz de Elizabeth hizo que Sally saliera de su estado de estupefacción y se pusiera en acción. Dejó caer el cuchillo sobre la deshilachada alfombra y corrió a ayudar a Elizabeth. Apenas habían terminado de dejarla presentable antes de que el segundo de a bordo entrara en la habitación; seguido de unos cuantos miembros más de la tripulación.

—Cielo santo, ¿qué habéis hecho? —bramó el segundo de a bordo mientras se apresuraba a comprobar el estado del capitán—. ¿Lo habéis matado?

El segundo de a bordo ordenó a sus hombres que sujetaran a las mujeres mientras él colocaba cuidadosamente al capitán sobre la cama e inspeccionaba la herida causada por el cuchillo de Sally. El hecho de que el capitán estaba ocupado intentando satisfacerse era obvio. El segundo de a bordo miró larga y severamente a ambas mujeres mientras ataban sus muñecas para sacarlas de la habitación. A juzgar por el desarreglo de la dama y por la mirada desafiante de la doncella, se hacía una idea de lo que había ocurrido.

—Parece que vivirá, pero por algún tiempo va a estar hecho una fiera, de eso estoy seguro. —El segundo de a bordo dirigió sus palabras a Elizabeth y a Sally— Ya saben que el capitán es el rey de este barco, ¿verdad? Se dan cuenta de las consecuencias de sus actos. Espero.

Elizabeth no podía alcanzar a comprender cuáles serían esas consecuencias, pero estaba segura de que el segundo de a bordo le informaría al respecto muy pronto.

—Fui yo la que lo apuñaló —espetó Sally.

—¡Calla! —estalló Elizabeth.

El segundo de a bordo miró a Sally y luego a Elizabeth, y luego a Sally de nuevo.

—No importa quién lo hizo —le dijo directamente a Sally—. Eres la criada de la señora. —Dirigió su atención a Elizabeth— ¡Así que la señora es responsable de lo que has hecho aunque lo hayas hecho tú!

La multitud que se congregaba en la puerta aumentaba en tamaño, haciendo que Elizabeth fuera plenamente consciente de lo que su apariencia inducía a pensar.

—¿Puedo ir a mi habitación a refrescarme? —preguntó con una ligera soberbia. Cuando el segundo de a bordo simplemente le dedicó una mueca socarrona, añadió de mala gana—. ¿Por favor?

—A partir de ahora tendrá una habitación nueva, señora —dijo el segundo de a bordo con un gruñido antes de volverse hacia sus hombres y añadir—. Llevadlas a las dos

abajo a la bodega y mantenedlas allí hasta que os diga otra cosa.

Si Elizabeth pensaba que no podía sufrir mayor degradación que haber sido recientemente violada por uno de los cuerpos más asquerosos con los que jamás se había topado, se equivocaba. Las expresiones de desdén y los comentarios de la tripulación y los pocos pasajeros mientras las hacían pasar a empujones entre ellos, con el pelo completamente despeinado y sus ropas hechas jirones y mal colocadas, la hicieron sentir como si le estuvieran arrojando lanzas desde todas las direcciones. La humillación sufrida por las exclamaciones de desaprobación dejadas escapar por los pasajeros más respetables que observaban su desaliñada apariencia y escuchaban las explicaciones de lo que había sucedido y a dónde se la conducía era insoportable. Nunca jamás sería aceptada en sociedad después de aquello. Estaba segura de ello. Su única salvación era que no estaba utilizando su verdadera identidad en aquel viaje.

Unos cuantos miembros de la tripulación arrojaron bruscamente a las dos mujeres a la pequeña celda que sería su prisión, haciendo caso omiso de la forma lasciva en que la agarraban y de los empujones propinados en partes íntimas que la multitud había presenciado, daba gracias por lo previsor que había sido del Dr. Jameson al usar una identidad falsa. Mientras estaba allí, daba gracias porque Sally hubiera apuñalado al capitán antes de que alcanzara el climax. Pensar en un posible embarazo provocado por el roce

de aquella vil bestia era demasiado horrible siquiera para imaginárselo.

¡El doctor! Cuando descubriera lo que había pasado, seguramente haría las gestiones oportunas para liberarlas. El buen doctor procuraría que el capitán recibiera su merecido por la injusticia que había cometido sobre su persona. Se aferraba al hecho de que no tardaría en ser rescatada de aquel horrible lugar que carecía de aire fresco y atacaba sus sentidos con una pestilencia a orina y putrefacción.

—Lo siento mucho, señorita. No lo pensé. Solo quería ayudar —susurró Sally.

Traumatizada y demasiado exhausta para hablar, Elizabeth se acurrucó junto a Sally y apoyó su cabeza en el regazo de la joven.

Sally colocó su mano compasivamente sobre la cabeza de Elizabeth y apartó un rizo azabache de su rostro mientras lo observaba. Era increíblemente oscuro. Poco a poco Sally se había acostumbrado a la oscuridad lo suficiente para distinguir unas cuantas sombras y desarrollar una profunda percepción. Cuando lo hizo, se encontró a sí misma mirando de frente a un grupo de ojos pertenecientes a los esclavos negros recogidos en el último puerto, hacinados inmisericordemente y encadenados en el lado opuesto de la bodega.